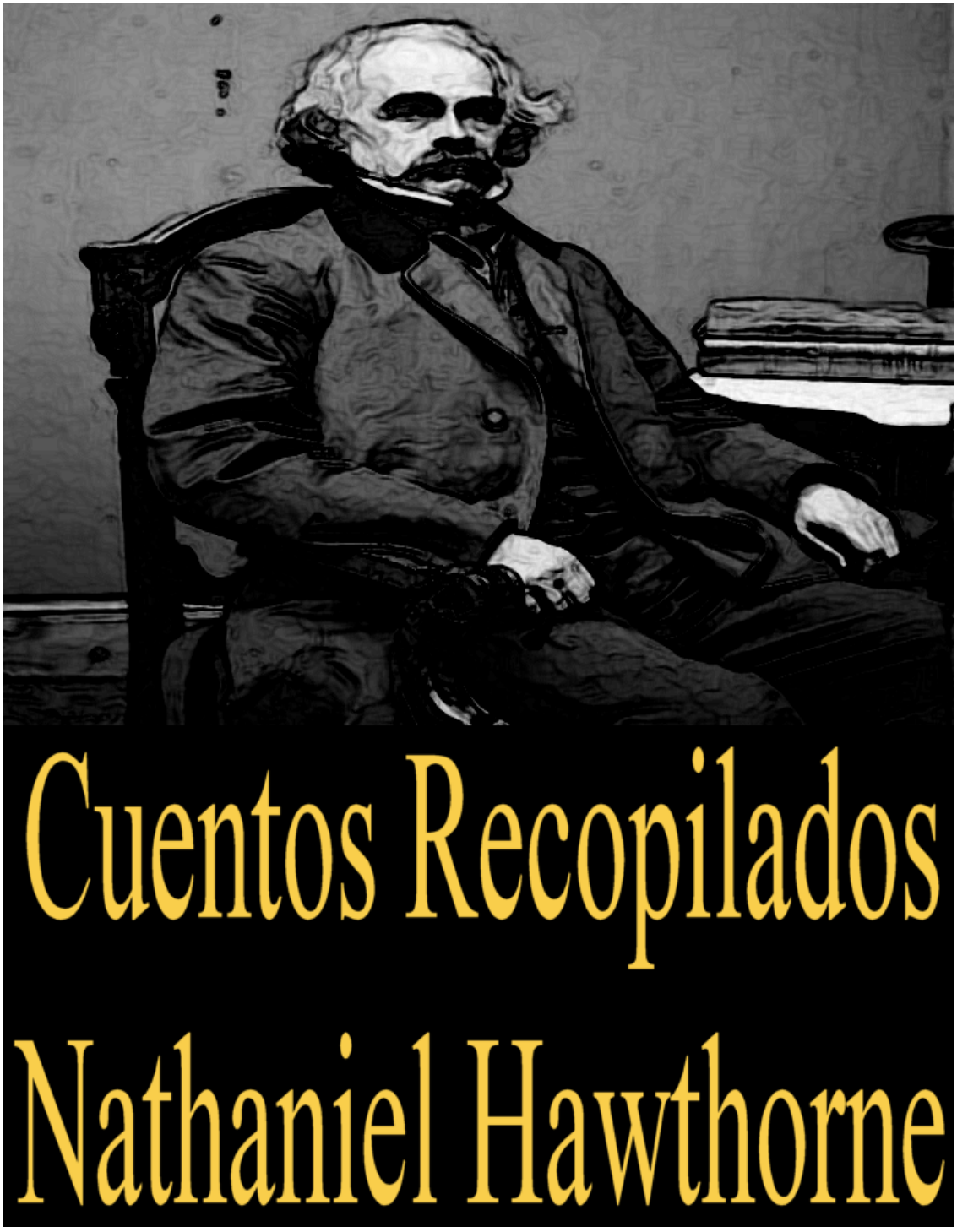
Cuentos Recopilados
Nathaniel Hawthorne



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como donación por un usuario.
Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada está completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

EL JOVEN GOODMAN BROWN

EL JOVEN Goodman Brown salió a la calle de la aldea de Salem cuando el sol se ponía. Pero después de cruzar el umbral introdujo de nuevo la cabeza para cambiar besos de despedida con su reciente esposa. Y Fe, como tan apropiadamente se llamaba, sacó a su vez su linda cabecita, permitiendo que el viento jugara con las cintas rosadas de la cofia mientras llamaba a Goodman Brown.

—Corazón mío—susurró suavemente y con un dejo de tristeza cuando sus labios le rozaron la oreja—, te suplico que postergues el viaje hasta la madrugada y que esta noche duermas en tu cama. A una mujer cuando se queda sola la perturban tales sueños y tales pensamientos, que a veces tiene miedo de sí misma. Te lo ruego, quédate conmigo esta noche, entre todas las noches del año.

—Mi amor y mi Fe—replicó el joven Goodman Brown—, entre todas las noches del año, tengo que pasar esta única noche lejos de ti. Mi viaje, como tú lo llamas, sin falta debe hacerse de ida y vuelta de aquí al amanecer. ¡Cómo! Mi dulce, bella esposa, ¿dudas tú ya de mí, cuando apenas llevamos tres meses de casados?

—Siendo así, que Dios te bendiga dijo Fe, la de las cintas rosas—; y ojalá encuentres todo bien a tu regreso.

—Amén—respondió Goodman Brown—. Reza tus oraciones, querida Fe, acuéstate temprano y nada malo va a ocurrirte.

Así se despidieron. Y el joven prosiguió su camino hasta que, a punto de doblar la esquina del templo, miró hacia atrás y vio la cabeza de Fe todavía asomada, contemplándolo con aire melancólico a pesar de las cintas rosadas.

—Pobrecita Fe—pensó, puesto que el corazón lo castigaba—. ¡Soy un canalla, dejarla para embarcarme en semejante cometido! Ella también habla de sueños. Mientras lo hacía me pareció ver angustia en su rostro, como si un sueño la hubiera prevenido sobre la clase de tarea que esta noche ha de llevarse a cabo. ¡Pero no, no; la mataría el solo pensarlo! En fin, ella es un ángel bendito en este mundo; y después de esta única noche me coseré a sus faldas y la seguiré hasta el cielo.

Con esta excelente decisión para el futuro Goodman Brown se sintió justificado para apurarse todavía más en su presente propósito maligno. Había cogido por un camino lúgubre, oscurecido por los árboles más siniestros del bosque, que apenas si se hacían a un lado para dejar que la trocha se escurriera entre ellos, cerrándose en el acto por detrás. La ruta no podía ser más despoblada; y en tales soledades se presenta la particularidad de que el viajero ignora si hay alguien escondido tras los innumerables troncos y arriba en el ramaje, de modo que al andar a solas puede así y todo estar pasando en medio de una multitud invisible.

—Detrás de cada árbol puede haber un indio endemoniado—se dijo Goodman Brown, mirando para atrás mientras añadía—: ¡Hasta el diablo en persona me puede estar pisando los talones!

Así, con la cabeza vuelta, dobló un recodo del camino. Cuando volvió a mirar de frente avistó la silueta de un hombre trajeado de modo sobrio y digno, que esperaba sentado al pie de un árbol añoso y que se levantó cuando él estuvo cerca para seguirle el paso hombro a hombro.

—Llegas tarde, Goodman Brown—le dijo—. El reloj de la iglesia de Old South daba la hora cuando pasé por Boston y eso fue hace quince minutos cumplidos.

—Fe me detuvo un rato—replicó el joven, con la voz temblorosa por la súbita aparición del compañero, aunque no era del todo inesperada.

El bosque estaba ya sumido en las sombras, más intensas en el paraje por el que transitaban. Hasta donde podía discernirse, el segundo viajero aparentaba unos cincuenta años, por lo visto ocupaba un rango social similar al de Goodman Brown y se le parecía bastante, quizás más en el porte que en los rasgos. Con todo, podrían pasar por padre e hijo. No obstante, aunque el mayor vestía de modo tan sencillo como el joven e igualmente sencillo era su comportamiento, tema el aire indescriptible de alguien que conocía el mundo y que no se habría sentido apocado en la mesa de banquetes del Gobernador o en la corte del rey Guillermo, de ser posible que hasta allá lo hubieran conducido sus asuntos. Pero la única cosa en su persona que se podría señalar como extraordinaria era su bastón, que tenía la apariencia de una gran culebra negra y estaba labrado de modo tan curioso que parecía enroscarse y retorcerse por sí solo, como una serpiente viva. Esto, por supuesto, debía de ser una ilusión óptica, favorecida por la luz incierta.

—Vamos, Goodman Brown—lo llamó el compañero de jornada—, este paso es muy lento para empezar un viaje. Toma mi bastón, si es que tan pronto te has cansado.

—Amigo —dijo el otro, que de la marcha lenta pasó a parar del todo—, ya cumplí con el pacto encontrándonos aquí; y ahora mi intención es devolverme al punto de partida. Tengo escrúpulos respecto del asunto que sabemos.

—¿Conque eso dices?—respondió el de la serpiente, riendo para sí—. De todos modos sigamos caminando mientras lo discutimos; y si no te convenzo, te devuelves. Todavía no hemos recorrido más que un corto trecho.

—¡Demasiado lejos, demasiado! —exclamó el joven esposo, reanudando la marcha sin darse cuenta—. Mi padre nunca se adentró en el bosque para emprender semejante aventura, ni antes su padre. Desde los tiempos de los mártires hemos sido un linaje de hombres honrados y buenos cristianos; y yo sería el primer Brown en tomar por este camino y andar…

—En semejante compañía, ibas a decir—observo el personaje mayor, interpretando la pausa—. ¡Bien dicho, Goodman Brown! Conozco a tu familia tan bien como a ninguna otra entre los puritanos. Le ayudé a tu abuelo el alguacil cuando con tantos bríos azotó a la cuáquera por las calles de Salem; y fui yo el que le procuró a tu padre la tea de pino embreado, encendida en mi propio hogar, para que le prendiera fuego al poblado de indios durante la guerra del jefe Metacomet. Ambos fueron buenos amigos míos; y dimos más de un paseo agradable por este mismo camino y regresábamos llenos de alegría pasada la medianoche. Por consideración a ellos me gustaría ser tu amigo.

—Si es como usted dice—respondió Goodman Brown—, me sorprende que jamás hablaran de estas cosas; o, en realidad, no me sorprende, en vista de que el menor rumor al respecto los habría expulsado de Nueva Inglaterra. Somos gente de oración y, por si fuera poco, gente de buenas obras, y no practicamos semejantes maldades.

—Maldades o no—dijo el caminante del bastón retorcido—, gozo de un trato muy amplio aquí en Nueva Inglaterra. Los diáconos de más de una parroquia han bebido conmigo el vino de la comunión; los administradores de diversos pueblos consideran que soy su presidente; y en la Asamblea Legislativa la mayoría de los miembros apoya firmemente mis intereses. Además, el Gobernador y yo… Pero esos son secretos de Estado.

—¿Podrá ser cierto? —exclamó Goodman Brown, lanzando una mirada de estupor a su desaprensivo acompañante—. Sea como sea, no tengo nada que ver con el Gobernador o la Asamblea. Ellos hacen lo que les parece y no tienen autoridad sobre un simple granjero como yo. Pero, si yo siguiera con usted, ¿cómo podría darle después la cara a ese buen anciano, a mi pastor en la aldea de Salem? El mero sonido de su voz me pondría a temblar en los días de fiesta y en los días de prédica.

Hasta entonces el caminante de mayor edad había escuchado con la circunspección debida, pero ahora echó a reír de modo incontenible, sacudiéndose con tal violencia que el sinuoso bastón de veras pareció culebrear en concordancia.

—¡Ja, ja, ja! —rió una y otra vez hasta que, recobrando la compostura, dijo—: está bien, continúa Goodman Brown, pero por favor no hagas que me muera de risa.

—Bien, entonces, para que terminemos de una vez con el asunto—dijo Goodman Brown, bastante picado—, está mi esposa, Fe. Le partiría su frágil y tierno corazón; y yo más bien me partiría el mío.

—No, si ese es el caso—respondió el otro—, es mejor que hagas como te parezca, Goodman Brown. Ni por veinte viejas como la que va rengueando allá adelante querría yo que tu Fe sufriera daño alguno.

Al decir esto apuntó con el bastón hacia la silueta de una mujer en el camino, que Goodman Brown reconoció como la de una señora devota y ejemplar que le había enseñado el catecismo en la infancia y

que seguía siendo su consejera moral y espiritual, conjuntamente con el pastor y el diácono Gookin.

—Un prodigio, de veras, que la tía Closse ande de noche tan lejos en el bosque—dijo Brown—. Pero con su permiso, amigo, voy a tomar un atajo por el monte hasta que hayamos dejado atrás a esa cristiana. Como no se conocen, podría preguntarme con quién ando asociado y adónde me dirijo..

—Así sea—dijo el acompañante—. Métete por el monte y deja que yo siga por el camino.

Por consiguiente, el joven se desvió. Pero se daba maña para ir observando al compañero, que prosiguió tranquilamente hasta que estuvo a pocos pasos de la vieja señora. Mientras tanto, ella avanzaba como mejor podía, con inusitada rapidez para tratarse de una mujer de tanta edad y mascullando palabras indistintas—una oración, sin duda—al andar. El caminante levantó el bastón y le tocó la nuca marchita con lo que parecía la cola de la serpiente.

—¡El demonio!—chilló la vieja beata.

—¿De modo que la tía Cloyse reconoce a su viejo amigo?—inquirió el viajero, poniéndosele enfrente y apoyándose en el palo retorcido.

—¡Ah, cómo no! ¿Pero efectivamente se trata de su señoría? —exclamó la buena mujer—. Sí, claro, y a imagen y semejanza de mi viejo compinche Goodman Brown, el abuelo del tonto que ahora lleva el nombre. Pero, ¿lo creería su señoría?, mi escoba desapareció como por ensalmo, sospecho que robada por esa bruja sin colgar de la tía Cory, y eso cuando además yo andaba toda ungida de jugo de cañarejo, y de cincoenrama, y de acónito...

—Majado todo con trigo menudo y con la grasa de un recién nacido—dijo la aparición del viejo Goodman Brown.

—¡Ah, su señoría conoce la receta! —exclamó la anciana, soltando un cacareo—. Así que, como venía diciendo, estando lista para la reunión, y sin caballo, me decidí a recorrer a pie todo el camino. Porque me dicen que esta noche vamos a admitir en comunión a un agradable jovencito. Pero ahora su atenta señoría me va a dar el brazo y estaremos allí en un abrir y cerrar de ojos.

—A duras penas puede ser—contestó su amigo—. No puedo ofrecerle mi brazo, tía Cloyse. Pero aquí tiene mi bastón si lo desea.

Diciendo esto lo arrojó a los pies de la vieja; en donde acaso cobró vida, pues se trataba de uno de los báculos que en tiempos pasados el dueño les facilitara a los magos de Egipto. Sin embargo, Goodman Brown no pudo tomar conocimiento de este hecho. La sorpresa lo había hecho alzar la vista al cielo. Y cuando otra vez bajó los ojos no vio a la tía Cloyse ni al bastón serpentino, sino a su compañero, solo y esperándolo tan tranquilo como si nada hubiera sucedido.

—Esa anciana me enseñó el catecismo—dijo el joven.

Y había todo un mundo de significación en este escueto comentario.

Siguieron andando mientras el mayor exhortaba al otro a que fuera más rápido y a que perseverara en el camino, arguyendo con tanta habilidad que sus razonamientos parecían brotar del pecho de su oyente más bien que sugeridos por él mismo. Arrancó de pasada una rama de arce que le sirviera de bastón y comenzó a despojarla de tallos y retoños, humedecidos por el rocío vespertino. Cuando sus dedos los tocaban, se ajaban de modo singular y se secaban como si hubieran recibido una semana de sol. Y así, a buen paso y sin obstáculos, prosiguió la pareja hasta que, de pronto, en una oscura hondonada del camino, Goodman Brown se sentó en el tocón de un árbol y se negó a seguir adelante.

—Amigo —dijo tercamente— , ya lo he decidido: no voy a dar un paso más en estas andanzas. Qué importa que una vieja desgraciada prefiera irse al diablo cuando yo pensaba que iba a ir al cielo. ¿Es esa una razón para que yo abandone a mi querida Fe y la siga a ella?

—Con el tiempo vas a pensar mejor sobre todo esto —dijo serenamente el conocido—. Quédate aquí sentado y descansa un rato. Y cuando tengas ganas de moverte otra vez, aquí está mi bastón para ayudarte en el camino.

Sin más palabras le arrojó al compañero el palo de arce y se perdió de vista velozmente, como si se hubiera esfumado en las tinieblas cada vez mas densas. El joven permaneció sentado un rato a la vera del camino, felicitándose fervorosamente y pensando en la limpia conciencia con que le haría frente al pastor en su paseo matinal y en que no tendría que rehuir la mirada del buen diácono Gookin. ¡Y qué sueño apacible sería el suyo aquella misma noche, que antes iba a emplear malignamente, pero tan pura y dulcemente ahora en los brazos de Fe! Estando absorto en tan placenteras y encomiables meditaciones, Goodman Brown escuchó trancos de caballos por el camino y consideró prudente esconderse en la orilla del bosque, sabedor del culpable propósito que lo había traído hasta ese lugar, aunque ya lo había abandonado felizmente.

Hasta él llegaron el ruido de los cascos y el de las graves y cascadas voces de dos jinetes que charlaban despreocupadamente mientras se iban acercando. Estos sonidos varios parecieron pasar a unos cuantos pasos del escondite del joven. Pero, sin duda debido a la espesura de la oscuridad en aquel paraje singular, no se vieron los viajeros ni sus bestias. Si bien rozaron con el cuerpo las bajas frondas que bordeaban el camino, no pudo verse que interceptaran ni por un instante el tenue resplandor que provenía de la franja de cielo contra la cual habían debido recortarse. Goodman Brown se acurrucó y se empinó por turnos, apartando las ramas y asomando la cabeza hasta donde se atrevió, sin discernir una sombra siquiera. Esto lo inquietó aún más, porque podría haber jurado que, si tal cosa fuera posible, había reconocido las voces del pastor y el diácono Gookin, quienes cabalgaban a trote corto, en calma, como solían hacer cuando iban rumbo a una ordenación o un concilio de iglesias. Mientras estaban

todavía al alcance del oído, uno de los jinetes se detuvo a sacar una fusta.

—De las dos, su reverencia—dijo la voz parecida a la del diácono—, preferiría perderme la cena de ordenación y no la reunión de esta noche. Dicen que algunos miembros de nuestra comunidad van a venir de Falmouth y más lejos, y otros de Connecticut y Rhode Island, aparte de varios indios hechiceros que, a su manera, saben tanto de artes diabólicas como los mejores de los nuestros. Además, hay una joven de buenas aptitudes que vamos a admitir en comunión .

—¡Excelente, diácono Gookin! —respondió el timbre solemne y cascado del pastor—. Piquemos las espuelas o llegaremos tarde. No puede hacerse nada, ya lo sabes, hasta que yo no esté sobre el terreno.

Se escuchó otra vez el ruido de los cascos. Y las voces que tan extrañamente conversaban en el aire vacío siguieron bosque adentro, en donde nunca se había congregado iglesia alguna o había rezado ningún cristiano solitario. ¿Adónde entonces podían dirigirse estos hombres de Dios, en las entrañas de la selva pagana?

A punto de irse al suelo, desfalleciente y agobiado por un infinito malestar del corazón, el joven Goodman Brown tuvo que agarrarse a un árbol para sostenerse. Alzó la vista al firmamento, dudando si en realidad había un cielo sobre su cabeza. Sin embargo, allá estaba la bóveda azul; y los luceros titilando en ella.

—Con el cielo arriba y con Fe en la tierra seguiré firme contra el demonio!—gritó Goodman Brown.

En tanto que miraba fijamente la profunda bóveda celeste con las manos levantadas para orar, una nube, a pesar de que el viento no soplaba, cubrió el cenit rápidamente y ocultó las estrellas que lo iluminaban. Todavía se veía el cielo azul, excepto en la zona que quedaba directamente arriba, por donde la masa nubosa surcaba veloz con dirección al norte. Desde los aires, como viniendo de las profundidades de la nube, descendía un sonido de voces equívoco y confuso. Por un instante él creyó distinguir los acentos de gentes de su pueblo, hombres y mujeres, unos píos y otros profanos, con muchos de los cuales se había encontrado en la mesa de la santa cena mientras a otros los había visto de farra en la taberna. Tan indistintos eran los sonidos, que al momento dudó haber oído otra cosa que el murmullo del viejo bosque, susurrando sin viento. Pero otra vez cobraron fuerza aquellos tonos familiares que escuchaba a diario bajo el sol de la aldea de Salem, mas nunca hasta el presente procedentes de una nube de sombras. Había una voz, la de una joven, que profería lamentos, aunque lo hacía con una pena incierta, y que imploraba alguna merced que acaso le afligiría obtener; mientras la turba invisible, justos y pecadores, parecía alentarla a que siguiera adelante.

—¡Fe!—exclamó Goodman Brown, con un grito de agonía y desesperación; y los ecos del bosque lo imitaron, gritando "¡Fe, Fe!" como si un coro de infelices anduviera perplejo buscándola por todos los rincones de la espesura.

El alarido de terror, furia y congoja hendía la noche mientras el desdichado esposo contenía el aliento esperando respuesta. Se escuchó un grito, de inmediato ahogado por un recrudecer del vocerío, que se fue apagando en medio de remotas carcajadas a medida que la nube se perdía en lontananza, dejando el cielo claro y silencioso sobre Goodman Brown. Pero algo liviano cayó revoloteando por el aire y se enganchó en la rama de un árbol. El joven lo tomó y se encontró con una cinta rosa.

—¡Mi Fe se ha ido!—gimió, tras un momento de estupefacción—. No existe el bien sobre la tierra. Y el pecado es sólo un nombre. Ven pues, demonio; ya que este mundo a ti te ha sido adjudicado.

Y enloquecido de desesperación, de tal manera que estuvo riendo en voz alta un largo rato, Goodman Brown agarró el bastón y partió otra vez, con tal velocidad que parecía volar sobre el camino más bien que andar o que correr. La senda se fue haciendo cada vez más agreste y más tétrica y su trazo cada vez más borroso, hasta que desapareció del todo, abandonándolo en las entrañas de la selva oscura. Pero él siguió adelante, propulsado vertiginosamente por el instinto que guía a los hombres hacia el mal. El bosque todo estaba poblado de sonidos horrísonos: crujidos de los árboles, aullidos de fieras, ululares de indios; mientras que a ratos el viento tañía como la campana de una iglesia lejana y a ratos envolvía al viajero en un rugido penetrante, como si la naturaleza en pleno se burlara de él. Pero él mismo era el horror principal de esta escena y no se amilanaba con los demás horrores.

—¡Ja, ja ja!—estallaba estrepitosamente Goodman Brown cuando el viento se reía de él—. Vamos a ver quién ríe más fuerte. No creas que vas a asustarme con tus artes satánicas. ¡Vengan brujas, vengan magos, vengan indios hechiceros, venga hasta el diablo mismo, que aquí viene Goodman Brown! ¡No hay razón para que no le teman tanto cómo él les teme a ustedes!

Ciertamente, en todo el bosque encantado no podía haber nada más aterrador que el espectáculo de Goodman Brown. Volaba entre los negros pinos blandiendo el bastón con ademanes de locura, ya dando rienda suelta a una andanada de blasfemias horribles, ya profiriendo risotadas que hacían que todos los ecos de la selva rompieran a reír como demonios a su alrededor. El Maligno en persona es menos espantoso que cuando rabia en el pecho de un hombre. Y así el endemoniado siguió su veloz curso, hasta que, temblorosa a través del follaje, divisó al frente una luz roja, como cuando los troncos y las ramazones de los árboles talados de un desmonte son pasto de las llamas y arrojan contra el cielo un fulgor espectral a la hora de la medianoche. Se detuvo, aprovechando que amainaba la tormenta que lo había impelido, y escuchó elevarse el canto de lo que parecía ser un himno, cuyas cadencias majestuosas venían desde lejos con el peso de numerosas voces. El conocía la música; el coro del templo de la aldea la entonaba con frecuencia. Los ecos de la letra se iban extinguiendo con cierta pesadez y fueron prolongados por otro coro, no de voces humanas, sino de todos los sonidos de la naturaleza anochecida, que

tronaron a un tiempo en atroz armonía. Goodman Brown lanzó un grito que se perdió para su propio oído, pues lo hizo al unísono con este grito de la selva.

Enseguida, durante la pausa de silencio, se adelantó furtivamente hasta que el resplandor pego de lleno en sus ojos. En un extremo del claro, enmarcado por la negra muralla del bosque, se levantaba una roca que tenía cierto parecido tosco y natural con un altar o un púlpito. Estaba rodeada por cuatro pinos llameantes, los copos encendidos, los troncos intactos, como los cirios de un oficio nocturno. La fronda que cubría la cima de la roca ardía toda, hiriendo la noche con altas llamaradas y alumbrando caprichosamente el descampado entero. Cada gajo colgante, cada festón de hojas estaba envuelto en llamas. Al ritmo que crecía o se atenuaba la refulgencia roja, una nutrida congregación se iluminaba, desaparecía entre las sombras y resurgía, por así decirlo, de las tinieblas, poblando en el acto el corazón del bosque solitario.

—Solemne compañía ataviada de negro—se dijo Goodman Brown.

Esto era cierto. Allí, fluctuando ya más cerca, ya más lejos, entre el resplandor y la penumbra, aparecían rostros que al día siguiente se verían en el Consejo Provincial y otros que, domingo tras domingo, desde los más sagrados púlpitos de la comarca dirigían con devoción la vista al cielo y con benignidad a los bancos atestados de fieles. Hay quienes aseguran que la señora del Gobernador estuvo allí. Al menos vinieron altas damas muy cercanas a ella; y las mujeres de maridos ilustres; y viudas, en gran cantidad; y vetustas solteronas, todas de intachable reputación; y bellas jovencitas que temblaban por miedo a que sus madres alcanzaran a verlas. O bien los súbitos relámpagos que cintilaban sobre el campo oscuro deslumbraron a Goodman Brown, o él reconoció a una veintena de miembros de la Iglesia de la aldea de Salem famosos por su extraordinaria santidad. El viejo y bueno del diácono Gookin había llegado y aguardaba al lado de ese santo venerable, su pastor respetado. Pero en asociación irreverente con estas personas graves, honestas y devotas, estos patriarcas de la Iglesia, estas castas damas y estas vírgenes puras, había hombres de vida disoluta y mujeres de honra mancillada, desdichados entregados a todo vicio ruin e inmundo, e incluso sospechosos de crímenes horrendos. Era extraño ver cómo los buenos no esquivaban a los malos, cómo los pecadores no sentían vergüenza de los santos. Dispersos entre sus enemigos carapálidas estaban también los sacerdotes indios o chamanes, que tantas veces habían sembrado el pánico en su bosque nativo con conjuros más terribles que cualquiera de los conocidos por la brujería de Inglaterra.

—¿Pero dónde está Fe? —pensaba Goodman Brown, estremeciéndose a medida que el corazón se le llenaba de esperanza.

Se elevó otro verso del himno, una melodía lenta y pesarosa, de esas que aman los beatos, pero acoplada a palabras que expresaban todo lo que nuestra naturaleza puede concebir sobre el pecado y que insinuaban turbiamente mucho más. Insondable para los simples

mortales es el saber de los espíritus del mal. Se cantaba un verso tras otro y el coro de la selva seguía elevándose en las pausas como la nota más profunda de un poderoso órgano. Y con la última cadencia de aquel himno horripilante se elevó un estridor, como si el viento que rugía, las aguas que corrían a chorros, las fieras que aullaban y todas las voces del desconcierto de la selva se mezclaran y armonizaran con la voz del hombre culpable en homenaje al Príncipe de todos. Los cuatro pinos encendidos despidieron una llama más alta y alumbraron vagos rostros y figuras monstruosas remontadas en las espirales de humo que se cernían sobre la sacrílega asamblea. En el mismo momento el fuego de la roca se avivó con rojos estallidos y formó un arco incandescente sobre su superficie, en donde ahora aparecía una silueta.

Dicho sea con la debida reverencia, ésta tenía un parecido no muy leve, tanto en las vestiduras como en el porte, con la de algún importante clérigo de las iglesias de Nueva Inglaterra.

—¡Traed a los conversos!—gritó un vozarrón que retumbó en el claro y cuyos ecos se perdieron en el bosque.

Al escuchar la orden, Goodman Brown abandonó las sombras y se acercó a la congregación, hacia la cual sentía una repugnante fraternidad, por concordancia de todo lo que en su corazón era perverso. Casi podría haber jurado que la aparición de su difunto padre le hacía señas para que avanzara, mirándolo desde una vedija de humo, mientras que una mujer con desvaído gesto de desesperación extendía la mano para prevenirlo. ¿Era su madre? Pero él no tuvo fuerzas para retroceder un solo paso, ni para resistirse, aun de pensamiento, cuando el pastor y el buen diácono Gookin lo tomaron de los brazos y lo condujeron a la roca incendiada. Allí llegó también la esbelta figura de una mujer cubierta con un velo, arrastrada entre la tía Cloyse, aquella pía maestra de catecismo, y Martha Carrier, a quien el diablo le había prometido el trono del infierno, bruja desvergonzada como era. Los prosélitos fueron ubicados bajo la cúpula de fuego.

—Bienvenidos, hijos míos—dijo la aparición misteriosa—, a la comunión de vuestra raza. Habéis descubierto, así tan jóvenes, vuestra naturaleza y vuestro destino. Hijos míos, mirad tras de vosotros.

Se volvieron y contemplaron a los adoradores del demonio, que con un fogonazo, por así decirlo, aparecieron retratados contra una cortina de candela.

En cada rostro fulguraba una siniestra sonrisa de saludo.

—Allí —prosiguió la figura renegrida— están todos los que habéis venerado desde niños. Los consideráis más santos que vosotros y aborrecéis vuestro pecado, poniéndolo en contraste con sus vidas de rectitud y de devotas aspiraciones celestiales. Sin embargo, aquí están todos en mi asamblea de adoradores. Esta noche os será permitido conocer sus actos secretos: cómo han susurrado los ancianos de la Iglesia, tras sus barbas blanquecinas, palabras de lujuria a las doncellas de sus casas; cómo, ávida de luto, más de una mujer le ha

dado a su marido un bebedizo a la hora de acostarse y ha dejado que duerma el postrer sueño en su regazo; cómo se han dado prisa algunos jóvenes imberbes para heredar las fortunas de sus padres; y cómo las lindas damiselas—no os ruborecéis, dulces muchachas—han cavado pequeñas tumbas en el jardín y me han convidado, como único invitado, al funeral de una criatura. Por la simpatía que hacia el pecado sienten vuestros corazones humanos, rastrearéis todos los lugares, bien sea la iglesia, la alcoba, la calle, el campo o el bosque, en donde el crimen ha sido perpetrado; y os regocijaréis al ver que el mundo entero es una mácula de culpa, una descomunal mancha de sangre. Mucho más que esto: os será dado columbrar en cada pecho el profundo misterio del pecado, la fuente de todas las artes malignas, la cual genera de modo inagotable tal cantidad de malvados impulsos, que ni el poder humano ni mi suma potencia serían capaces de convertirlos en acciones. Y ahora, hijos míos, miraos uno a otro.

Así lo hicieron. Y bajo el resplandor de las antorchas infernales el desgraciado joven descubrió a su Fe, y ella a su marido, estremecidos ante aquel altar profano.

—¡Mirad! Ahí estáis, hijos míos—dijo la aparición con tonos hondos y solemnes, casi tristes en su desconsolada atrocidad, como si su antigua naturaleza angélica todavía pudiera llorar por nuestra raza abyecta—. Confiando en vuestros respectivos corazones, todavía esperabais que la virtud no fuera sólo un sueño. Ahora habéis salido del engaño. El mal es la naturaleza de la humanidad. El mal ha de ser vuestra única dicha. Otra vez bienvenidos, hijos míos, a la comunión de vuestra raza.

—¡Bienvenidos! —Corearon los adoradores del Maligno, con un grito de desesperación y de victoria.

Y allí seguían ellos, los dos únicos, según parecía, que todavía vacilaban al borde de la perversidad en este mundo tenebroso. Labrada en la roca había una pila natural. ¿Contenía agua, enrojecida por la luz espectral? ¿O sangre? ¿O acaso fuego líquido? Allí introdujo la mano la aparición del mal, preparándose para imponerles en la frente la señal del bautismo de modo que pudieran compartir el misterio del pecado y fueran más conscientes de la culpa secreta de los otros, tanto de obra como de pensamiento más de lo que por su propia cuenta podían ser ahora. El marido dirigió una mirada a la pálida esposa; y Fe lo miró a él. Otra mirada, y se verían como corruptos infelices, temblando tanto por lo que revelaban como por lo que descubrían.

—¡Fe, Fe! —gritó el esposo—. ¡Mira hacia el cielo y repudia al maligno!

No supo si Fe obedeció. Acabando de hablar se encontró en medio de la noche tranquila y de la soledad, escuchando el bramido del viento que se iba extinguiendo por el bosque. Tambaleándose, tropezó con la roca, que estaba fría y húmeda. Una ramita que colgaba y que había estado ardiendo le salpicó la mejilla con el rocío más helado.

Al otro día el joven Goodman Brown entró despacio por la calle de la aldea de Salem, mirando con asombro en derredor como un hombre perplejo. El anciano pastor, que daba un paseo por el cementerio haciendo apetito para el desayuno y preparando el sermón, le concedió una bendición cuando lo vio pasar. Goodman Brown huyó del venerable santo como evitando un anatema. El viejo diácono Gookin se encontraba enfrascado en el culto doméstico y las sagradas palabras de sus rezos se escuchaban salir por la ventana.

—¿A qué deidad rezará el brujo? —se preguntó Goodman Brown.

La tía Cloyse, esa eximia cristiana de antaño, disfrutaba del sol tempranero ante la verja de su casa, catequizando a una niñita que le había traído una pinta de leche ordeñada esa mañana. Goodman Brown arrebató a la niña de su sitio como si la librara de las garras del Maligno. Al doblar la esquina del templo divisó la cabeza de Fe, con las cintas rosadas, que atisbaba de lejos con ansiedad y que prorrumpió en tal alegría de verlo, que salió disparada por la calle y casi besa a su marido frente a toda la aldea. Pero Goodman Brown la miró a la cara con severidad y con tristeza y pasó de largo, sin siquiera un saludo.

¿Se había quedado dormido Goodman Brown en el bosque y tan sólo tuvo un sueño turbulento sobre un aquelarre?

Que así sea, si usted quiere. Pero ¡ay! fue un sueño de mal augurio para el joven Goodman Brown. En efecto, a partir de esa noche del sueño pavoroso se convirtió en un hombre inflexible, triste, meditabundo y desconfiado, si no desesperado. En el día domingo, cuando la congregación entonaba un salmo sagrado, no podía escuchar porque un ensordecedor himno de pecado se agolpaba en sus oídos y sofocaba por completo los acordes benditos. Cuando el pastor predicaba desde el púlpito con vigor y febril elocuencia y, con la mano en la Biblia abierta, hablaba de las verdades sagradas de nuestra religión, de vidas santas y de muertes triunfantes, de la dicha futura o la infelicidad inexpresable, entonces Goodman Brown se ponía lívido, temeroso de que el techo se fuera a desplomar sobre el viejo blasfemo y sus oyentes. Con frecuencia, despertando de pronto a medianoche, se apartaba del regazo de Fe. Y de mañana o al atardecer cuando la familia se arrodillaba en oración, fruncía el ceño y murmuraba para sí, miraba con severidad a su mujer y volvía la cabeza. Y cuando hubo vivido largos años y su blanco cadáver fue llevado a la tumba, seguido por Fe, una mujer envejecida, y por hijos y nietos, un cortejo nutrido sin contar los vecinos, que no eran pocos, no esculpieron en su lápida ningún versículo de esperanza, ya que la hora de su muerte fue sombría.

WAKEFIELD

RECUERDO haber leído en alguna revista o periódico viejo la historia, relatada como verdadera, de un hombre—llamémoslo Wakefield—que abandonó a su mujer durante un largo tiempo. El hecho, expuesto así en abstracto, no es muy infrecuente, ni tampoco—sin una adecuada discriminación de las circunstancias—debe ser censurado por díscolo o absurdo. Sea como fuere, este, aunque lejos de ser el más grave, es tal vez el caso más extraño de delincuencia marital de que haya noticia. Y es, además, la más notable extravagancia de las que puedan encontrarse en la lista completa de las rarezas de los hombres. La pareja en cuestión vivía en Londres. El marido, bajo el pretexto de un viaje, dejó su casa, alquiló habitaciones en la calle siguiente y allí, sin que supieran de él la esposa o los amigos y sin que hubiera ni sombra de razón para semejante autodestierro, vivió durante más de veinte años. En el transcurso de este tiempo todos los días contempló la casa y con frecuencia atisbó a la desamparada esposa. Y después de tan largo paréntesis en su felicidad matrimonial cuando su muerte era dada ya por cierta, su herencia había sido repartida y su nombre borrado de todas las memorias; cuando hacía tantísimo tiempo que su mujer se había resignado a una viudez otoñal—una noche él entró tranquilamente por la puerta, como si hubiera estado afuera sólo durante el día, y fue un amante esposo hasta la muerte.

Este resumen es todo lo que recuerdo. Pero pienso que el incidente, aunque manifiesta una absoluta originalidad sin precedentes y es probable que jamás se repita, es de esos que despiertan las simpatías del género humano. Cada uno de nosotros sabe que, por su propia cuenta, no cometería semejante locura; y, sin embargo, intuye que cualquier otro podría hacerlo. En mis meditaciones, por lo menos, este caso aparece insistentemente, asombrándome siempre y siempre acompañado por la sensación de que la historia tiene que ser verídica y por una idea general sobre el carácter de su héroe. Cuando quiera que un tema afecta la mente de modo tan forzoso, vale la pena destinar algún tiempo para pensar en él. A este respecto, el lector que así lo quiera puede entregarse a sus propias meditaciones. Mas si prefiere divagar en mi compañía a lo largo de estos veinte años del capricho de Wakefield, le doy la bienvenida, confiando en que habrá un sentido latente y una moraleja, así no logremos descubrirlos, trazados pulcramente y condensados en la frase final. El pensamiento posee siempre su eficacia; y todo incidente llamativo, su enseñanza.

¿Qué clase de hombre era Wakefield? Somos libres de formarnos nuestra propia idea y darle su apellido. En ese entonces se encontraba en el meridiano de la vida. Sus sentimientos conyugales, nunca violentos, se habían ido serenando hasta tomar la forma de un cariño tranquilo y consuetudinario. De todos los maridos, es posible que fuera el más constante, pues una especie de pereza mantenía en reposo a su

corazón dondequiera que lo hubiera asentado. Era intelectual, pero no en forma activa. Su mente se perdía en largas y ociosas especulaciones que carecían de propósito o del vigor necesario para alcanzarlo. Sus pensamientos rara vez poseían suficientes ímpetus como para plasmarse en palabras. La imaginación, en el sentido correcto del vocablo, no figuraba entre las dotes de Wakefield. Dueño de un corazón frío, pero no depravado o errabundo, y de una mente jamás afectada por la calentura de ideas turbulentas ni aturdida por la originalidad, ¿quién se hubiera imaginado que nuestro amigo habría de ganarse un lugar prominente entre los autores de proezas excéntricas? Si se hubiera preguntado a sus conocidos cuál era el hombre que con seguridad no haría hoy nada digno de recordarse mañana, habrían pensado en Wakefield. Únicamente su esposa del alma podría haber titubeado. Ella, sin haber analizado su carácter, era medio consciente de la existencia de un pasivo egoísmo, anquilosado en su mente inactiva; de una suerte de vanidad, su más incómodo atributo; de cierta tendencia a la astucia, la cual rara vez había producido efectos más positivos que el mantenimiento de secretos triviales que ni valía la pena confesar; y, finalmente, de lo que ella llamaba "algo raro" en el buen hombre. Esta última cualidad es indefinible y puede que no exista.

Ahora imaginémonos a Wakefield despidiéndose de su mujer. Cae el crepúsculo en un día de octubre. Componen su equipaje un sobretodo deslustrado, un sombrero cubierto con un hule, botas altas, un paraguas en una mano y un maletín en la otra. Le ha comunicado a la señora de Wakefield que debe partir en el coche nocturno para el campo. De buena gana ella le preguntaría por la duración y objetivo del viaje, por la fecha probable del regreso, pero, dándole gusto a su inofensivo amor por el misterio, se limita a interrogarlo con la mirada. El le dice que de ningún modo lo espere en el coche de vuelta y que no se alarme si tarda tres o cuatro días, pero que en todo caso cuente con él para la cena el viernes por la noche. El propio Wakefield tengámoslo presente, no sospecha lo que se viene . Le ofrece ambas manos. Ella tiende las suyas y recibe el beso de partida a la manera rutinaria de un matrimonio de diez años. Y parte el señor Wakefield, en plena edad madura, casi resuelto a confundir a su mujer mediante una semana completa de ausencia. Cierra la puerta. Pero ella advierte que la entreabre de nuevo y percibe la cara del marido sonriendo a través de la abertura antes de esfumarse en un instante. De momento no le presta atención a este detalle. Pero, tiempo después, cuando lleva más años de viuda que de esposa, aquella sonrisa vuelve una y otra vez, y flota en todos sus recuerdos del semblante de Wakefield. En sus copiosas cavilaciones incorpora la sonrisa original en una multitud de fantasías que la hacen extraña y horrible. Por ejemplo, si se lo imagina en un ataúd, aquel gesto de despedida aparece helado en sus facciones; o si lo sueña en el cielo, su alma bendita ostenta una sonrisa serena y astuta. Empero, gracias a ella, cuando todo el mundo se ha resignado a darlo ya por muerto, ella a veces duda que de veras sea viuda.

Pero quien nos incumbe es su marido. Tenemos que correr tras él por las calles, antes de que pierda la individualidad y se confunda en la gran masa de la vida londinense. En vano lo buscaríamos allí. Por tanto, sigámoslo pisando sus talones hasta que, después de dar algunas vueltas y rodeos superfluos, lo tengamos cómodamente instalado al pie de la chimenea en un pequeño alojamiento alquilado de antemano. Nuestro hombre se encuentra en la calle vecina y al final de su viaje. Difícilmente puede agradecerle a la buena suerte el haber llegado allí sin ser visto. Recuerda que en algún momento la muchedumbre lo detuvo precisamente bajo la luz de un farol encendido; que una vez sintió pasos que parecían seguir los suyos, claramente distinguibles entre el multitudinario pisoteo que lo rodeaba; y que luego escuchó una voz que gritaba a lo lejos y le pareció que pronunciaba su nombre. Sin duda alguna una docena de fisgones lo habían estado espiando y habían corrido a contárselo todo a su mujer. ¡Pobre Wakefield! ¡Qué poco sabes de tu propia insignificancia en este mundo inmenso! Ningún ojo mortal fuera del mío te ha seguido las huellas. Acuéstate tranquilo, hombre necio; y en la mañana, si eres sabio, vuelve a tu casa y dile la verdad a la buena señora de Wakefield. No te alejes, ni siquiera por una corta semana, del lugar que ocupas en su casto corazón. Si por un momento te creyera muerto o perdido, o definitivamente separado de ella, para tu desdicha notarías un cambio irreversible en tu fiel esposa. Es peligroso abrir grietas en los afectos humanos. No porque rompan mucho a lo largo y ancho, sino porque se cierran con mucha rapidez.

Casi arrepentido de su travesura, o como quiera que se pueda llamar, Wakefield se acuesta temprano. Y, despertando después de un primer sueño, extiende los brazos en el amplio desierto solitario del desacostumbrado lecho.

—No—piensa, mientras se arropa en las cobijas—, no dormiré otra noche solo.

Por la mañana madruga más que de costumbre y se dispone a considerar lo que en realidad quiere hacer. Su modo de pensar es tan deshilvanado y vagaroso, que ha dado este paso con un propósito en mente, claro está, pero sin ser capaz de definirlo con suficiente nitidez para su propia reflexión. La vaguedad del proyecto y el esfuerzo convulsivo con que se precipita a ejecutarlo son igualmente típicos de una persona débil de carácter. No obstante, Wakefield escudriña sus ideas tan minuciosamente como puede y descubre que está curioso por saber cómo marchan las cosas por su casa: cómo soportará su mujer ejemplar la viudez de una semana y, en resumen, cómo se afectará con su ausencia la reducida esfera de criaturas y de acontecimientos en la que él era objeto central. Una morbosa vanidad, por lo tanto, está muy cerca del fondo del asunto. Pero, ¿cómo realizar sus intenciones? No, desde luego, quedándose encerrado en este confortable alojamiento donde, aunque durmió y despertó en la calle siguiente, está efectivamente tan lejos de casa como si hubiera rodado toda la noche en la diligencia. Sin embargo, si reapareciera echaría a perder todo el proyecto. Con el pobre cerebro embrollado sin remedio por este dilema,

al fin se atreve a salir, resuelto en parte a cruzar la bocacalle y echarle una mirada presurosa al domicilio desertado. La costumbre —pues es un hombre de costumbres—lo toma de la mano y lo conduce, sin que él se percate en lo más mínimo, hasta su propia puerta; y allí, en el momento decisivo, el roce de su pie contra el peldaño lo hace volver en sí. ¡Wakefield! ¿Adónde vas?

En ese preciso instante su destino viraba en redondo. Sin sospechar siquiera en la fatalidad a la que lo condena el primer paso atrás, parte deprisa, jadeando en una agitación que hasta la fecha nunca había sentido, y apenas si se atreve a mirar atrás desde la esquina lejana. ¿Será que nadie lo ha visto? ¿No armarán un alboroto todos los de la casa—la recatada señora de Wakefield, la avispada sirvienta y el sucio pajecito—persiguiendo por las calles de Londres a su fugitivo amo y señor? ¡Escape milagroso! Cobra coraje para detenerse y mirar a la casa, pero lo desconcierta la sensación de un cambio en aquel edificio familiar, igual a las que nos afectan cuando, después de una separación de meses o años, volvemos a ver una colina o un lago o una obra de arte de los cuales éramos viejos amigos. ¡En los casos ordinarios esta impresión indescriptible se debe a la comparación y al contraste entre nuestros recuerdos imperfectos y la realidad. En Wakefield, la magia de una sola noche ha operado una transformación similar, puesto que en este breve lapso ha padecido un gran cambio moral, aunque él no lo sabe. Antes de marcharse del lugar alcanza a entrever la figura lejana de su esposa, que pasa por la ventana dirigiendo la cara hacia el extremo de la calle. El marrullero ingenuo parte despavorido, asustado de que sus ojos lo hayan distinguido entre un millar de átomos mortales como él. Contento se le pone el corazón, aunque el cerebro está algo confuso, cuando se ve junto a las brasas de la chimenea en su nuevo aposento.

Eso en cuanto al comienzo de este largo capricho. Después de la concepción inicial y de haberse activado el lerdo carácter de este hombre para ponerlo en práctica, todo el asunto sigue un curso natural. Podemos suponerlo, como resultado de profundas reflexiones, comprando una nueva peluca de pelo rojizo y escogiendo diversas prendas del baúl de un ropavejero judío, de un estilo distinto al de su habitual traje marrón. Ya está hecho: Wakefield es otro hombre. Una vez establecido el nuevo sistema, un movimiento retrógrado hacia el antiguo sería casi tan difícil como el paso que lo colocó en esta situación sin paralelo. Además, ahora lo está volviendo testarudo cierto resentimiento del que adolece a veces su carácter, en este caso motivado por la reacción incorrecta que, a su parecer, se ha producido en el corazón de la señora de Wakefield. No piensa regresar hasta que ella no esté medio muerta de miedo. Bueno, ella ha pasado dos o tres veces ante sus ojos, con un andar cada vez más agobiado, las mejillas más pálidas y más marcada de ansiedad la frente. A la tercera semana de su desaparición, divisa un heraldo del mal que entra en la casa bajo el perfil de un boticario. Al día siguiente la aldaba aparece envuelta en trapos que amortigüen el ruido. Al caer la noche llega el carruaje de un médico y deposita su empelucado y solemne cargamento a la puerta de

la casa de Wakefield, de la cual emerge después de una visita de un cuarto de hora, anuncio acaso de un funeral. ¡Mujer querida! ¿Irá a morir? A estas alturas Wakefield se ha excitado hasta provocarse algo así como una efervescencia de los sentimientos, pero se mantiene alejado del lecho de su esposa, justificándose ante su conciencia con el argumento de que no debe ser molestada en semejante coyuntura. Si algo más lo detiene, él no lo sabe. En el transcurso de unas cuantas semanas ella se va recuperando. Ha pasado la crisis. Su corazón se siente triste, acaso, pero está tranquilo. Y, así el hombre regrese tarde o temprano, ya no arderá por él jamás. Estas ideas fulguran cual relámpagos en las nieblas de la mente de Wakefield y le hacen entrever que una brecha casi infranqueable se abre entre su apartamento de alquiler y su antiguo hogar.

—¡Pero si sólo está en la calle del lado!—se dice a veces.

¡Insensato! Está en otro mundo. Hasta ahora él ha aplazado el regreso de un día en particular a otro. En adelante, deja abierta la fecha precisa. Mañana no... probablemente la semana que viene... muy pronto. ¡Pobre hombre! Los muertos tienen casi tantas posibilidades de volver a visitar sus moradas terrestres como el autodesterrado Wakefield.

¡Ojalá yo tuviera que escribir un libro en lugar de un artículo de una docena de páginas! Entonces podría ilustrar cómo una influencia que escapa a nuestro control pone su poderosa mano en cada uno de nuestros actos y cómo urde con sus consecuencias un férreo tejido de necesidad. Wakefield está hechizado. Tenemos que dejarlo que ronde por su casa durante unos diez años sin cruzar el umbral ni una vez, y que le sea fiel a su mujer, con todo el afecto de que es capaz su corazón, mientras él poco a poco se va apagando en el de ella. Hace mucho, debemos subrayarlo, que perdió la noción de singularidad de su conducta.

Ahora contemplemos una escena. Entre el gentío de una calle de Londres distinguimos a un hombre entrado en años, con pocos rasgos característicos que atraigan la atención de un transeúnte descuidado, pero cuya figura ostenta, para quienes posean la destreza de leerla, la escritura de un destino poco común. Su frente estrecha y abatida está cubierta de profundas arrugas. Sus pequeños ojos apagados a veces vagan con recelo en derredor, pero más a menudo parecen mirar adentro. Agacha la cabeza y se mueve con un indescriptible sesgo en el andar, como si no quisiera mostrarse de frente entero al mundo. Obsérvelo el tiempo suficiente para comprobar lo que hemos descrito y estará de acuerdo con que las circunstancias, que con frecuencia producen hombres notables a partir de la obra ordinaria de la naturaleza, han producido aquí uno de estos. A continuación, dejando que prosiga furtivo por la acera, dirija su mirada en dirección opuesta, por donde una mujer de cierto porte, ya en el declive de la vida, se dirige a la iglesia con un libro de oraciones en la mano. Exhibe el plácido semblante de la viudez establecida. Sus pesares o se han apagado o se han vuelto tan indispensables para su corazón que sería un mal trato cambiarlos por la dicha. Precisamente cuando el hombre

enjuto y la mujer robusta van a cruzarse, se presenta un embotellamiento momentáneo que pone a las dos figuras en contacto directo. Sus manos se tocan. El empuje de la muchedumbre presiona el pecho de ella contra el hombro del otro. Se encuentran cara a cara. Se miran a los ojos. Tras diez años de separación, es así como Wakefield tropieza con su esposa.

Vuelve a fluir el río humano y se los lleva a cada uno por su lado. La grave viuda recupera el paso y sigue hacia la iglesia, pero en el atrio se detiene y lanza una mirada atónita a la calle. Sin embargo, pasa al interior mientras va abriendo el libro de oraciones. ¡Y el hombre! Con el rostro tan descompuesto que el Londres atareado y egoísta se detiene a verlo pasar, huye a sus habitaciones, cierra la puerta con cerrojo y se tira en la cama. Los sentimientos que por años estuvieron latentes se desbordan y le confieren un vigor efímero a su mente endeble. La miserable anomalía de su vida se le revela de golpe. Y grita exaltado:

—¡Wakefield, Wakefield, estás loco!

Quizás lo estaba. De tal modo debía de haberse amoldado a la singularidad de su situación que, examinándolo con referencia a su semejantes y a las tareas de la vida, no se podría afirmar que estuviera en su sano juicio. Se las había ingeniado (o, más bien, las cosas habían venido a parar en esto) para separarse del mundo, hacerse humo, renunciar a su sitio y privilegios entre los vivos, sin que fuera admitido entre los muertos. La vida de un ermitaño no tiene paralelo con la suya. Seguía inmerso en el tráfago de la ciudad como en los viejos tiempos, pero las multitudes pasaban de largo sin advertirlo. Se encontraba

—digámoslo en sentido figurado— a todas horas junto a su mujer y al pie del fuego, y sin embargo nunca podía sentir la tibieza del uno ni el amor de la otra. El insólito destino de Wakefield fue el de conservar la cuota original de afectos humanos y verse todavía involucrado en los intereses de los hombres, mientras que había perdido su respectiva influencia sobre unos y otros. Sería un ejercicio muy curioso determinar los efectos de tales circunstancias sobre su corazón y su intelecto, tanto por separado como al unísono. No obstante, cambiado como estaba, rara vez era consciente de ello y más bien se consideraba el mismo de siempre. En verdad, a veces lo asaltaban vislumbres de la realidad, pero sólo por momentos. Y aun así, insistía en decir "pronto regresaré, sin darse cuenta de que había pasado veinte años diciéndose lo mismo.

Imagino también que, mirando hacia el pasado, estos veinte años le parecerían apenas más largos que la semana por la que en un principio había proyectado su ausencia. Wakefield consideraría la aventura como poco más que un interludio en el tema principal de su existencia. Cuando, pasado otro ratito, juzgara que ya era hora de volver a entrar a su salón, su mujer aplaudiría de dicha al ver al veterano señor Wakefield. ¡Qué triste equivocación! Si el tiempo esperara hasta el final de nuestras locuras favoritas, todos seríamos jóvenes hasta el día del juicio.

Cierta vez, pasados veinte años desde su desaparición, Wakefield se encuentra dando el paseo habitual hasta la residencia que sigue llamando suya. Es una borrascosa noche de otoño. Caen chubascos que golpetean en el pavimento y que escampan antes de que uno tenga tiempo de abrir el paraguas. Deteniéndose cerca de la casa, Wakefield distingue a través de las ventanas de la sala del segundo piso el resplandor rojizo y oscilante y los destellos caprichosos de un confortable fuego. En el techo aparece la sombra grotesca de la buena señora de Wakefield. La gorra, la nariz, la barbilla y la gruesa cintura dibujan una caricatura admirable que, además, baila al ritmo ascendiente y decreciente de las llamas, de un modo casi en exceso alegre para la sombra de una viuda entrada en años. En ese instante cae otro chaparrón que, dirigido por el viento inculto, pega de lleno contra el pecho y la cara de Wakefield. El frío otoñal le cala hasta la médula. ¿Va a quedarse parado en ese sitio, mojado y tiritando, cuando en su propio hogar arde un buen fuego que puede calentarlo, cuando su propia esposa correría a buscarle la chaqueta gris y los calzones que con seguridad conserva con esmero en el armario de la alcoba? ¡No! Wakefield no es tan tonto. Sube los escalones, con trabajo. Los veinte años pasados desde que los bajó le han entumecido las piernas, pero él no se da cuenta. ¡Detente, Wakefield! ¿Vas a ir al único hogar que te queda? Pisa tu tumba, entonces. La puerta se abre. Mientras entra, alcanzamos a e charle una mirada de despedida a su semblante y reconocemos la sonrisa de astucia que fuera precursora de la pequeña broma que desde entonces ha estado jugando a costa de su esposa. ¡Cuán despiadadamente se ha burlado de la pobre mujer! En fin, deseémosle a Wakefield buenas noches.

El suceso feliz—suponiendo que lo fuera—sólo puede haber ocurrido en un momento impremeditado. No seguiremos a nuestro amigo a través del umbral. Nos ha dejado ya bastante sustento para la reflexión, una porción del cual prestar su sabiduría para una moraleja y tomar la forma de una imagen. En la aparente confusión de nuestro mundo misterioso los individuos se ajustan con tanta perfección a un sistema, y los sistemas unos a otros y a un todo, que con sólo dar un paso a un lado cualquier hombre se expone al pavoroso riesgo de perder para siempre su lugar. Como Wakefield, se puede convertir, por así decirlo, en el Paria del Universo.

ETHAN BRAND
CAPÍTULO DE UNA NOVELA MALOGRADA

BARTRAM el calero, un hombre rudo, corpulento y tiznado de carbón, vigilaba el horno a la caída de la noche y su pequeño hijo jugaba a hacer casas con trozos sueltos de mármol, cuando escucharon falda abajo una risa estentórea, no jubilosa sino lenta e inclusive solemne, como si el viento sacudiera las ramas del bosque.

—¿Qué es eso, padre?—preguntó el niño, dejando el fuego para buscar refugio en las rodillas de su progenitor.

—Oh, algún borracho, me figuro—respondió el calero—. Algún achispado que no se atrevió a reírse bien duro dentro de la taberna por miedo de ir a volar el techo. De modo que ahí está, feliz desternillándose al pie del Graylock.

—Pero, padre—insistió el niño, más sensible que el obtuso y no tan joven bromista—, él no se ríe como alguien contento. Ese ruido me asusta.

—¡No seas tonto, niño!—gritó con aspereza el padre—. Nunca serás un hombre, ya lo creo. Has salido a tu madre en muchas cosas; he visto cómo te hace dar un bote el roce de una hoja. ¡Escucha! Ahí viene el borrachín. Ya vas a ver que no hace daño.

Bartram y el niño hablaban frente al mismo horno que fuera el escenario de la solitaria y meditativa vida de Ethan Brand antes de que partiera en busca del pecado imperdonable. Como hemos visto, habían pasado muchos años desde la ominosa noche cuando por vez primera concibió la idea. Sin embargo, el horno seguía incólume en la ladera y en nada había cambiado desde que éste arrojara sus negros pensamientos en las candentes ascuas del crisol, fundiéndolos, por así decirlo, en la sola noción que se adueñó de su existencia. Se trataba de una estructura burda, redonda y semejante a una pesada torre de unos siete metros de altura, edificada con pedruscos y rodeada por un terraplén en casi toda su circunferencia, de modo que los bloques y pedazos de mármol se pudieran traer a carretadas para ser arrojados desde arriba. En la base había una abertura, similar a la boca de una estufa pero lo suficientemente alta como para que entrara un hombre agachado y dotada de una puerta de hierro macizo que parecía dar ingreso al interior del cerro. Con el humo y los chorros de fuego que escapaban por sus grietas y hendiduras, se asemejaba más que nada a la entrada secreta de las regiones infernales que los pastores de las Montañas Deleitosas solían enseñar al peregrino.

En aquella comarca hay muchas de estas caleras, levantadas con el fin de calcinar el mármol blanco que compone gran parte del material de las montañas. Algunas, construidas hace años y hace tiempo abandonadas, plagadas de malezas que crecen en el ruedo vacío del interior y de hierbas y flores silvestres que hunden las raíces en las grietas de las piedras, parecen ya reliquias de la antigüedad; y aún así

podrá cubrirlas el liquen de siglos por venir. Otras, cuyo fuego el calero todavía alimenta día y noche, proporcionan lugares de interés al visitante de estos cerros, quien se sienta en un leño o en un trozo de mármol a charlar con aquel personaje apartado. Esta es una ocupación solitaria y, cuando el individuo es propenso a pensar, puede mover a intensas reflexiones; como se comprobó en el caso de Ethan Brand, quien meditara con tan raro propósito, en días ya pasados, mientras ardía el fuego en este mismo horno.

El hombre que a la sazón cuidaba el fuego era de otra índole y no se apuraba con ningún pensamiento, salvo con los poquísimos indispensables en su oficio. A intervalos frecuentes abría de golpe la pesada y sonora puerta de hierro y, apartando la cara del resplandor intolerable, arrojaba adentro enormes leños de roble o removía con una pértiga los inmensos tizones. En el interior del horno se veían las llamas encrespadas y tumultuosas y el mármol en cocción, casi fundido por la violencia del calor; mientras afuera el reflejo del fuego reverberaba en la oscura maraña del bosque y presentaba en primer plano, ante una clara y rojiza miniatura de la cabaña y el manantial junto a la puerta, la figura atlética y tiznada del calero y la del niño medio aminalado que se encogía bajo la protección de la sombra paterna. Cuando otra vez se cerraba la puerta de hierro, entonces resurgía la blanda luz de la media luna, que en vano porfiaba por delinear los perfiles borrosos de las montañas circundantes. Alto en el cielo se veía una fugaz congregación de nubes, aún teñida levemente del rosado crepúsculo, aunque aquí abajo cerca del valle la luz del sol se había disipado hacía ratos.

El niño se arrimó más al padre cuando se oyeron pasos subiendo la cuesta. Una figura humana apartó el tupido matorral bajo los árboles.

—¡Eh, quién vive!—llamó el calero, irritado con la timidez del hijo pero en parte contagiado de ella—. ¡Salga y déjese ver como un hombre, si no desea que le tire a la cabeza este trozo de mármol!

—Me ofrece usted una ruda bienvenida—dijo una voz lóbrega a medida que el desconocido se acercaba—. Sin embargo, no pido ni deseo una más amable, aun junto a mi propio fuego.

Para verlo con más claridad Bartram abrió la puerta de la calera. Brotó al instante una violenta ráfaga de luz que dio de lleno contra el rostro y la figura del forastero. Para un observador descuidado no habría nada notable en su aspecto, que era el de un hombre alto y delgado en un terno marrón, burdo y de hechura rústica, con el bastón y los gruesos zapatos de los caminantes. Al avanzar no apartaba los ojos, que eran muy brillantes, del fulgor del horno, como si viera o esperara ver allí dentro algún objeto digno de atención.

—Buenas noches, forastero —dijo Bartram—. ¿De dónde viene, ya tan tarde?

—Regreso de mi búsqueda—respondió el caminante—; ya que, por fin, ha concluido.

—Borracho o loco —murmuró el calero para sí—. Voy a tener problemas con este sujeto. Tanto mejor cuanto más rápido lo aleje.

El niño, todo tembloroso, le rogaba al padre entre susurros que cerrara la puerta del horno para que no saliera tanta luz; porque en el rostro de ese hombre había algo que lo asustaba pero que no podía dejar de mirar. En efecto, hasta el lerdo entendimiento del calero empezó a sentirse impresionado por algo indescriptible en aquel semblante enjuto, áspero y pensativo, el pelo encanecido colgando desgreñado alrededor, y esos ojos hundidos muy adentro que destellaban como hogueras a la entrada de una cueva misteriosa. Sin embargo, cuando Bartram fue a cerrar la puerta el forastero se dirigió a él y le habló en un tono tranquilo y natural que le hizo pensar que al fin y al cabo se trataba de una persona cuerda y razonable.

—Veo que ya termina su tarea—dijo—. Este mármol lleva cociéndose tres días. En pocas horas la piedra será cal.

—¿Cómo? ¿Quién es usted? —exclamó el calero—. Parece que conoce mi oficio tanto como yo.

—Tengo por qué hacerlo—contestó el forastero—, pues yo me dedicaba a lo mismo hace bastantes años; y aquí, además, en este mismo sitio. Pero usted es nuevo por estos lados. ¿Alguna vez oyó hablar de Ethan Brand?

—¿El hombre que partió en busca del pecado imperdonable?—preguntó Bartram, con una carcajada.

—El mismo—contestó el forastero—. Encontró ya lo que buscaba y por lo tanto ha vuelto.

—¡Qué! ¿Entonces usted es Ethan Brand en persona? —exclamó el calero con sorpresa . Como dice, soy nuevo aquí y cuentan que han pasado ya dieciocho años desde que usted dejó las faldas del Graylock. Pero, se lo aseguro, allá en el pueblo las buenas gentes todavía hablan de Ethan Brand y del curioso empeño que lo alejó de la calera. Bueno, ¿de modo que encontró el pecado imperdonable?

—Cómo no—dijo serenamente el forastero.

—Si no es mucha imprudencia—prosiguió Bartram—, ¿en dónde sería?

—Aquí—respondió Ethan Brand, poniéndose el dedo en el corazón.

Entonces, sin alegría en la expresión, más bien como si se sintiera conmovido por un reconocimiento involuntario del infinito absurdo que fue buscar por todo el mundo la cosa más cercana y escudriñar todos los corazones, salvo el suyo, tras de lo que no estaba oculto en otro pecho, soltó una risotada desdeñosa. Era la misma risa lenta y grave que casi había pasmado al calero cuando anunció el arribo del caminante.

La desierta ladera se entristeció con ella. La risa, cuando está fuera de tiempo o de lugar, bien puede ser la más terrible inflexión de la voz humana. La risa de un durmiente, así sea la de un niño, la risa

de un loco, la risa descompuesta y estridente de un idiota de nacimiento, son sonidos que a veces nos ponen a temblar y que siempre olvidaríamos de buen grado. Los poetas no han imaginado para los demonios o los duendes una expresión más atrozmente propia que la risa. Hasta al rudo calero se le crisparon los nervios al ver cómo este hombre se examinaba el corazón y prorrumpía en una risa que se fue extinguiendo entre las sombras y que repercutió confusamente en las colinas.

—Joe—le dijo a su pequeño hijo—, corre a la taberna del pueblo y cuéntales a los juerguistas que Ethan Brand que encontró el pecado imperdonable.

El niño voló a llevar el recado, a lo que Ethan Brand no hizo objeción. Ni siquiera pareció notarlo. Se sentó en un leño, mirando con fijeza la puerta del horno. Cuando el niño se perdió de vista y dejaron de oírse sus veloces y livianos pasos, que pisaron primero las hojas caídas y luego el sendero pedregoso que bajaba la montaña, el calero empezó a lamentar su partida. Se dio cuenta de que la presencia del niño servía de barrera entre el huésped y él y de que ahora tendría que habérselas de corazón a corazón con un hombre que, según su propia confesión, había cometido el único crimen hacia el cual el cielo no puede mostrar clemencia alguna. Aquel crimen, en su vaga negrura, parecía ensombrecerlo. Los propios pecados del calero resucitaron en su fuero interno y alborotaron su memoria con un tropel de imágenes malignas emparentadas con el pecado primordial, fuera este lo que fuera, cuya ambición y concepción estaban al alcance de la corrupta naturaleza humana. Todos componían una misma familia; iban y venían entre su pecho y el de Ethan Brand y llevaban siniestros saludos de uno a otro.

Entonces Bartram recordó las anécdotas, tradicionales ya, respecto a este hombre que se le había aparecido por sorpresa como una sombra de la noche y que ahora se ponía cómodo en su antigua morada, después de una ausencia tan prolongada que los muertos, muertos y enterrados hacía tiempo, habrían tenido más derecho que él a estar en casa en cualquier paraje frecuentado en vida. Ethan Brand, decían, había departido con el propio Satanás bajo el grotesco resplandor de ese horno. Hasta aquí la leyenda había sido causa de regocijo, pero ahora parecía espeluznante. Según la fábula, antes de partir en su cometido Ethan Brand acostumbraba invocar noche tras noche a un demonio del ígneo crisol de la calera, para tratar con él acerca del pecado imperdonable; empeñados el hombre y el demonio en formular la idea de algún tipo de culpa que no pudiera ser expiada o perdonada. Cuando el primer rayo de sol alumbraba la cumbre del monte, el demonio se escurría por la puerta de hierro para esperar allí, en el vivísimo elemento del fuego, mientras era llamado a tomar parte en la espantosa empresa de extender la posible culpa del hombre más allá del alcance de la por lo demás infinita clemencia celestial.

Mientras el calero luchaba contra el horror de estos pensamientos, Ethan Brand se levantó del leño y abrió la puerta del horno. Tan

concordante era esta acción con la idea que Bartram tenía en mente, que éste casi esperó ver salir al Maligno, al rojo vivo, del horno crepitante.

—¡Espere, espere! —gritó, emitiendo una risa entrecortada, pues sentía vergüenza de sus miedos, aunque lo dominaban—. ¡Por favor, no haga salir su diablo ahora!

—¡Hombre! —le respondió severamente Ethan Brand—¿Qué necesidad tengo yo del diablo? Lo dejé atrás, sobre mi pista. El se ocupa con los que pecan a medias, como usted. No tema que abra la puerta. Obro impulsado por la vieja costumbre y apenas voy a avivar el fuego, como el calero que una vez fui.

Atizó las enormes brasas, echó más leña y se inclinó para asomarse a la hueca prisión de la candela, a pesar del feroz reverbero que le teñía de rojo el rostro. El calero lo observaba y medio sospechaba que el raro huésped tenía el propósito, si no de invocar a un demonio, al menos de lanzarse a las llamas en persona y así esfumarse de la vista de la humanidad. Ethan Brand, sin embargo, retrocedió con calma y cerró la puerta.

—He escrutado —dijo— más de un corazón humano que ardía de pasiones pecadoras siete veces más recio que este crisol de fuego. Pero no encontré allí lo que buscaba. No, al menos no el pecado imperdonable.

—¿Qué es el pecado imperdonable?—preguntó el calero, aunque alejándose aún más de su interlocutor por miedo a que respondiera la pregunta.

—Es un pecado que creció en mi propio pecho —respondió Ethan Brand, irguiéndose con el orgullo que distingue a los entusiastas de su laya—; un pecado que no germinó en ningún otro sitio. El pecado de una inteligencia que triunfó sobre los sentimientos de hermandad con los hombres y de respeto a Dios, y que lo sacrificó todo en aras de sus poderosas exigencias. El único pecado que merece la recompensa del tormento eterno. Si fuera a cometerlo otra vez, incurriría en la culpa con plena libertad; y acepto el justo castigo sin vacilaciones.

—El hombre ha perdido la cabeza—murmuró entre dientes el calero—. Puede ser pecador como todos nosotros, nada más probable. Pero, lo juro, es un loco también.

Con todo, se sentía incómodo en esta situación, a solas con Ethan Brand en la montaña agreste. Y se puso feliz de oír el ronco murmullo de las voces y las pisadas de lo que parecía ser una partida bastante numerosa, cuyos integrantes tropezaban con las piedras y hacían crujir la maleza a su paso. Pronto apareció el regimiento de holgazanes que solía infestar la taberna del pueblo, incluyendo tres o cuatro individuos que desde la partida de Ethan Brand habían pasado todos los inviernos bebiendo ponche de ron junto a la chimenea del bar y todos los veranos fumando pipa bajo el porche. Soltando carcajadas y mezclando las voces en una cháchara informal, de pronto aparecieron a la luz de la luna y de los delgados rayos de lumbre que iluminaban el espacio

despejado frente al horno. Bartram entreabrió la puerta, inundando el lugar de claridad, de modo que el grupo tuviera una vista adecuada de Ethan Brand y él de ellos.

Allí, entre otros viejos conocidos, se hallaba un personaje, anteriormente ubicuo y ahora casi extinto, con quien en otros tiempos de seguro nos habríamos tropezado en el hotel de cada población floreciente del país: un empresario de teatro. El presente ejemplar era un hombre marchito, como curado al humo, la nariz roja en el rostro arrugado, vestido con una chaqueta parda de elegante factura, cola corta y botones de cobre. Quién sabe cuánto hacía que la cantina le servía de despacho y refugio; y todavía chupaba lo que parecía ser el cigarro que encendiera veinte años atrás. Gozaba de gran fama por sus chistes secos, aunque tal vez menos debido a su humor intrínseco que a cierto aroma de brandy y de humo de tabaco que impregnaba todas sus ideas y expresiones, además de su persona. Otro rostro, claro en el recuerdo aunque ahora cambiado en forma extraña, era el del abogado Giles, como por cortesía seguía llamándolo la gente; un pelagatos entrado en años, en mangas de camisa—por lo demás mugrosas—y calzones de estopa. Este pobre sujeto había sido abogado en los que él llamaba sus mejores años, un diestro picapleitos de mucha acogida entre los litigantes del pueblo. Pero el ron, la ginebra, el brandy y los cócteles, que ingería a todas horas, mañana, tarde y noche, lo habían hecho rodar del trabajo intelectual a varias clases y grados de trabajo corporal, hasta que al fin, para adoptar su propia expresión, resbaló en una cuba de jabón. En otras palabras, Giles era ahora un jabonero en pequeña escala. Llegó a ser el mero recorte de un ser humano, habiéndose cercenado parte de un pie con un hacha y arrancado una mano entera por causa del agarrón endemoniado de una máquina de vapor. No obstante, aunque la mano material se había ido, le quedó un miembro espiritual; ya que, extendiendo el muñón, Giles no dejaba de afirmar que sentía un pulgar y unos dedos fantasmas con una sensación tan viva como antes de que le fueran amputados los reales. Sería un miserable lisiado, pero, a pesar de todo, uno que el mundo no podía pisotear y no tenía derecho a despreciar, tanto en esta como en cualquier etapa previa de sus desventuras, puesto que conservó el coraje y los ánimos de un hombre, no pedía nada por caridad y con la única mano—la izquierda por añadidura—libraba una batalla decidida contra la necesidad y las adversidades.

Entre el gentío venía también otro personaje que, si bien se parecía en ciertos puntos al abogado Giles, exhibía muchos más de diferencia. Se trataba del médico del pueblo, un hombre de unos cincuenta años a quien ya presentamos haciendo una visita profesional a Ethan Brand durante la supuesta locura de este último. Se había convertido en un sujeto de rostro purpurino, grosero y brutal y, sin embargo, medio caballeroso. En su hablar y en todos sus gestos y modales había algo de arrebato, ruina y desesperación. El brandy poseía a este hombre como un espíritu maligno y lo ponía tan arisco y salvaje como una fiera montaraz y tan miserable como un ánima en pena; pero se suponía que estaba dotado de una destreza tan

maravillosa, de tales poderes naturales de curación, superiores a los que podía impartir la ciencia médica, que la sociedad le echó mano y no permitía que se hundiera fuera de su alcance. Así pues, balanceándose en el caballo y gruñendo con acentos espesos al pie del lecho, recorría leguas a la redonda visitando cada cuarto de enfermo en las poblaciones de aquellas montañas. A veces, como por milagro, levantaba a un moribundo. Y con igual frecuencia, no cabe duda, enviaba al paciente a una tumba cavada muchos años antes de lo debido. El doctor mordía una pipa perpetua que, como decía alguien aludiendo a su hábito de anclar soltando juramentos, mantenía prendida con chispas del infierno.

Los tres prohombres se adelantaron y cada uno a su manera saludó a Ethan Brand, brindándole con toda seriedad el contenido de una botella negra en la que, aseguraban, encontraría algo mucho más digno de buscarse que el pecado imperdonable. Ningún intelecto, elevado a un alto grado de entusiasmo por medio de la meditación intensa y solitaria, puede soportar la clase de contacto con modos vulgares y rastreros de pensar y sentir que se le presentaba a Ethan Brand. Lo hacía dudar—y, cosa rara, era una duda dolorosa— si de veras había encontrado el pecado imperdonable y si lo había encontrado en su interior. La cuestión por la que había agotado su vida entera, y aún más que la vida, parecía ser cosa de ilusión.

—Déjenme en paz—dijo con amargura—, bestias, que en eso se han convertido consumiendo sus almas con licores ardientes. Ya acabé con ustedes. Hace años de años que hurgué en sus corazones y no encontré allí nada para mi propósito. Ahora lárguense.

—¡Cómo, pícaro descortés!—bufó iracundo el médico—¿Es ese el modo de corresponder la gentileza de sus mejores amigos? Permita entonces que le diga la verdad. Usted no ha encontrado el pecado imperdonable más que aquel niño allí, Joe. Usted no es más que un loco, se lo dictaminé hace veinte años ni mejor ni peor que cualquier loco y digna compañía del viejo Humphrey, aquí presente.

Señaló con el dedo a un anciano zarrapastroso de pelo largo y blanco, rostro macilento y mirada insegura. Hacía algunos años que vagaba por los montes, preguntando por su hija a todos los viandantes que encontraba. La muchacha al parecer se había fugado con una compañía circense. De cuando en cuando llegaban al pueblo noticias de ella. Corrían bonitas historias sobre su rutilante aparición a lomo de caballo por la pista o ejecutando fantásticas proezas en la cuerda floja. El padre encanecido se acercó a Ethan Brand y lo escrutó con ojos vacilantes.

—Dicen que usted ha recorrido el orbe entero —dijo, retorciéndose con ansiedad las manos—. Tiene que haber visto a mi hija, porque ha logrado descollar en el mundo y todos van a verla. ¿Le envió a su viejo padre algún mensaje o dijo cuándo pensaba regresar?

Ethan Brand no pudo sostenerle la mirada. Aquella hija, de quien con tanta avidez anhelaba un saludo, era la Esther de nuestra historia, la misma joven que con intención tan fría y despiadada él había

sometido a un experimento sicológico y cuya alma había devastado, absorbido y acaso aniquilado en el proceso.

Mientras ocurrían estas cosas, una animada escena tenía lugar en el área de la luz alegre, cerca del manantial y frente a la puerta de la cabaña. Un buen número de jóvenes del pueblo, muchachos y muchachas, habían subido la cuesta a toda prisa, impulsados por la curiosidad de ver a Ethan Brand, el héroe de tantas leyendas conocidas desde la infancia. Ahora bien, no habiendo encontrado nada notable en su persona—tan sólo un caminante tostado por el sol, de traje sencillo y zapatos polvorientos, que estaba sentado mirando al fuego como si viera imágenes entre los carbones—los muchachos pronto se cansaron de observarlo. Dio la casualidad de que había a mano otra diversión. Un viejo judío alemán, que viajaba con un diorama a la espalda, pasaba rumbo al pueblo justo cuando el grupo se desvió del camino; y, con miras a ajustar las ganancias del día, el presentador los había seguido hasta la calera.

—¡Venga acá, viejo alemán!—llamó uno de los jóvenes—Muéstrenos sus vistas, si es que puede jurar que valen la pena.

—Claro, capitán—contestó el judío, quien, fuera por cuestión de cortesía o de marrulla, llamaba "capitán" a todo el mundo—. Voy a mostrarles, ya lo creo, algunas vistas excelentes.

Así que, colocando la caja en posición correcta, invitó a los jóvenes a que miraran por los orificios del aparato y procedió a exhibir, como modelos de las bellas artes, una sucesión de los más chocantes garabatos y pintarrajos con los que nunca un artista itinerante tuviera el descaro de embaucar al corro de sus espectadores. Es más, los lienzos estaban raídos, deshilachados, llenos de quiebres y arrugas, manchados de humo de tabaco y, aparte de eso, en la más deplorable condición. Algunos pretendían representar ciudades, edificios públicos y ruinosos castillos europeos. Otros reproducían las batallas de Napoleón y los combates navales de Nelson. En medio de estos aparecía una mano gigantesca, morena y velluda—que podría haber sido tomada por la Mano del Destino, pero que en realidad pertenecía al presentador—señalando con el índice las variadas escenas del conflicto mientras su dueño aportaba explicaciones históricas. Cuando, tras mucho regocijo por la abominable ausencia de méritos, la exhibición se dio por terminada, el alemán le pidió al pequeño Joe que metiera la cabeza en la caja. Visto a través de los lentes de aumento el semblante redondo y sonrojado del niño asumía el más extraño aspecto que quepa imaginarse, el de un niño titánico, con la boca sonriendo ampliamente y los ojos y todas las facciones colmadas de alegría por la broma. De repente, empero, aquel rostro feliz palideció y su expresión pasó a ser de terror. Pues este niño fácilmente excitable se dio cuenta de que Ethan Brand le había clavado la mirada a través del vidrio.

—Asusta al niño, capitán—dijo el judío, enderezando el oscuro y anguloso perfil—. Pero mire otra vez que, por casualidad, tengo para mostrarle algo muy lindo, le doy mi palabra.

Ethan Brand se asomó a la caja por un instante y luego, retrocediendo bruscamente, se quedó mirando al alemán. ¿Qué vio? Nada, parece; pues un joven curioso que echó un vistazo casi al mismo tiempo sólo atisbó un pedazo de lienzo sin pintar.

—Ahora lo recuerdo a usted—murmuró Ethan Brand al artista.

—Ah, capitán—dijo en un cuchicheo el judío de Nuremberg, esbozando una sonrisa siniestra—, encuentro que este asunto pesa mucho en mi caja de espectáculos, el tal pecado imperdonable. A fe mía, capitán, que me molió la espalda atravesar el monte con él a cuestas todo el santo día.

—¡Silencio—lo conminó Ethan Brand secamente—, si no quiere que lo meta en el horno que ve allá!

Apenas concluía la exhibición del judío cuando un mastín grande y viejo, que parecía ser su propio amo puesto que nadie entre los asistentes lo reclamaba, tuvo a bien ser objeto de la atención pública. Hasta entonces se había comportado como un perro manso y apacible, rondando de una persona a otra y, para ser sociable, ofreciendo la cabeza rasposa para que le diera palmaditas cualquier mano amable que se tomara la molestia. Pero ahora, de súbito, el grave y venerable cuadrúpedo, por su propia cuenta y sin la más leve sugerencia de parte de nadie más, empezó a perseguirse la cola, que, para subrayar lo absurdo del acto, era harto más corta de lo que debería. No se vio nunca empeño más tozudo en pos de un objeto imposible de alcanzar; no se oyó nunca tan tremenda explosión de gruñidos, resuellos, ladridos y mordiscos, como si un extremo del cuerpo del ridículo animal mantuviera un antagonismo mortal e imperdonable con el otro. Más y más rápido corría en redondo el can, más y todavía más rápido huía la inaccesible brevedad de la cola, y más y más fuertes eran los aullidos de rabia y de rencor. Hasta que, completamente exhausto y tan distante de la meta como siempre, el necio perro terminó su actuación tan repentinamente como la había iniciado. Al momento siguiente era tan dócil, sosegado, sensato y respetable en su comportamiento como cuando trabó conocimiento con la concurrencia.

Como es de suponerse, la exhibición fue recibida con risas generales, aplausos y gritos de "otra vez", a los que respondió el acróbata canino meneando lo que tenía para menear de cola. No obstante, parecía por completo incapaz de repetir el exitoso intento de divertir a los espectadores.

Mientras tanto Ethan Brand había vuelto a tomar asiento en el leño. Impresionado, podría ser, por haber percibido una remota analogía entre su propio caso y el del perro a la caza de sí mismo, de nuevo prorrumpió en esa risa atroz que más que cualquier otra señal expresaba el estado de su ser interior. A partir del momento el regocijo de los presentes tocó a su fin. Quedaron espantados, temerosos de que el nefasto sonido repercutiera por todo el horizonte y que tronara de montaña en montaña, prolongándose así el horror en sus oídos. Entonces, susurrándose que se había hecho tarde, que la luna casi se había puesto, que la noche de agosto se hacía fría, se marcharon

veloces a sus casas, dejando que el calero y el pequeño Joe se las hubieran como fuera posible con el huésped indeseable. Salvo por estos tres seres humanos, el claro en la ladera era un desierto engastado en la vasta penumbra del bosque. Más allá del límite sombrío, la lumbre proyectaba su luz tenue sobre los majestuosos troncos y el follaje casi negro de los pinos, entreverado con el verdor de robles, arces y álamos más jóvenes, mientras aquí y allá yacían los colosales cadáveres de árboles que se pudrían en el suelo cubierto de hojarasca. Al pequeño Joe, niño imaginativo y tímido, le parecía que el bosque silencioso contenía el aliento hasta que sucediera alguna cosa horrible.

Ethan Brand arrojó más leña al fuego, cerró la puerta del horno y, mirando por encima del hombro al calero y el niño, les ordenó, más bien que aconsejarles, que fueran a dormir.

—En cuanto a mí, no puedo hacerlo—dijo—. Tengo asuntos que me incumbe meditar. Voy a cuidar el fuego como en los viejos tiempos.

—Y a llamar al diablo a que salga del horno y le haga compañía, me figuro—murmuró Bartram, que había entablado relaciones íntimas con la botella negra arriba mencionada—. Pero cuide si quiere y llame cuantos demonios guste. Por mi parte, me caería muy bien un sueñecito. Vamos, Joe.

Mientras seguía al padre a la cabaña, el niño se volvió a mirar al viajero. Los ojos se le llenaron de lagrimas, pues su alma tierna intuía la inconsolable y terrible soledad en la que este hombre se había emparedado.

Ethan Brand se quedó escuchando los chasquidos de la leña encendida y observando los menudos espíritus de fuego que salían por las hendiduras de la puerta. Sin embargo, estas fruslerías, antes tan familiares, retenían su atención del modo más superficial, mientras en las profundidades de la mente repasaba el cambio gradual pero maravilloso que la búsqueda a la cual se consagró había operado en su persona. Recordaba cómo lo salpicaba el rocío de la noche, cómo le susurraba el bosque, cómo rielaban las estrellas sobre él, un hombre sencillo y henchido de amor, mientras vigilaba el fuego en años idos, embargado en sus meditaciones. Recordaba con cuánta ternura, con cuánto amor y conmiseración por la humanidad y compasión por la culpa y el infortunio ajenos había comenzado a contemplar las ideas que después fueron la inspiración de su existencia; con cuánta reverencia escrutaba entonces el corazón del hombre, considerándolo como un templo de origen divino que, por más que fuese profanado, todo hermano debía siempre valorar como algo sagrado; con qué imponente miedo condenaba un eventual triunfo de su búsqueda e imploraba para que el pecado imperdonable jamás le fuera revelado. Más tarde vino el vasto progreso intelectual que en su transcurso perturbó el equilibrio de mente y corazón. La idea que se adueñó de su existencia obró como aliciente para su educación; cultivó sus facultades hasta el más alto grado de que eran susceptibles; lo encumbró del nivel de un trabajador analfabeta hasta una eminencia que iluminaban las estrellas, adonde los filósofos de la tierra, agobiados

por el saber de las universidades, en vano tratarían de subir para alcanzarlo. Eso en cuanto al intelecto. Pero, ¿en dónde quedaba el corazón? Este, a decir verdad, se había marchitado, se había endurecido, se había encogido, ¡había perecido! Ya no participaba en el latido universal. Ethan Brand se había desprendido de la cadena imantada de la humanidad. Dejó de ser un hermano del hombre, que abre las cámaras o los calabozos de nuestra común naturaleza con la llave de la sagrada compasión, la cual le confería el derecho de compartir todos sus secretos. Ahora era un frío espectador que consideraba a la humanidad como el objeto de su experimento y que a la postre convirtió en marionetas a hombres y mujeres, tirando de los hilos para conducirlos a los extremos criminales que precisaba su investigación.

Fue así como Ethan Brand llegó a ser un desalmado. Comenzó a serlo desde que su carácter moral dejó de seguirle el paso al perfeccionamiento de su intelecto. Y ahora, como máximo esfuerzo y consecuencia inevitable, como la flor colorida y espléndida, como el suculento fruto de sus trabajos, había engendrado el pecado imperdonable.

—¿Qué más puedo buscar? ¿Qué más puedo alcanzar? —se decía Ethan Brand—. Está cumplida mi tarea. Y bien cumplida.

Se levantó del leño y, con cierta presteza en el andar, escaló el terraplén que se apoyaba contra el círculo de piedra del horno, alcanzando así la parte superior de la estructura. Esta abarcaba un vacío de unos tres metros de borde a borde, que permitía ver la superficie de la enorme masa de mármol quebrado que atestaba la calera. Los innumerables bloques y fragmentos de este material ardían al rojo, expeliendo altas llamaradas azulosas que flameaban en el aire y danzaban locamente, como en el interior de un círculo mágico, y se hundían para alzarse de nuevo en una agitación profusa e incesante. Cuando aquel hombre solitario se inclinó sobre el terrible mar de fuego, el calor sofocante pegó contra su cuerpo, en una bocanada que, era de suponerse, debería haberlo chamuscado y abrasado en el instante.

Ethan Brand se enderezó y levantó los brazos al cielo. Las llamas azuladas le retozaban en la cara y lo bañaban con la única luz, salvaje y espectral, que se ajustaba a su expresión. Esta era la de un demonio a punto de precipitarse en este golfo del más vivo tormento.

—¡Oh, madre tierra—exclamó—, que no es más mi madre y en cuyas entrañas este cuerpo no ha de descomponerse! ¡Oh, raza humana, a cuyo parentesco he renunciado y cuyo excelso corazón pisoteé! ¡Oh, estrellas de los cielos, que arrojaban antaño su luz sobre mi ruta como para alumbrarla adelante y arriba! ¡Adiós a todos, para siempre! ¡Ven, elemento mortífero del fuego, en lo futuro amigo inseparable! ¡Abrázame, igual que yo a ti!

Aquella noche el eco de un espeluznante estampido de risa cruzó pesadamente por los sueños del calero y su hijo. Y los rondaron opacas sombras de horror y de angustia que parecían seguir presentes en el tosco cobertizo cuando abrieron los ojos a la luz del día.

—¡Levántate niño, levántate!—gritó el calero, mirando en derredor—. Gracias al cielo se terminó por fin la noche. En vez de pasar otra igual, preferiría cuidar la calera todo un año sin pegar el ojo. El tal Ethan Brand, con el embuste del pecado imperdonable, no es que me hiciera tamaño favor reemplazándome.

Salió de la cabaña seguido por el pequeño Joe, que le apretaba con fuerza la mano. La luz del alba ya vertía su oro en las cumbres. Y los valles, aunque seguían en sombras, sonreían alegremente ante la promesa del claro día que se avecinaba. El pueblo, rodeado por completo de colinas que se iban elevando gradualmente hacia la lejanía, parecía como si hubiera dormido un sueño plácido en el hueco de la mano de la Providencia. Cada vivienda se distinguía con claridad; las torrecillas de las dos iglesias apuntaban hacia arriba, atrapando en las veletas de metal visos anticipados del brillo de los cielos dorados por el sol. La taberna estaba en pleno movimiento y la figura del curtido empresario teatral, cigarro en boca, se veía en el porche. Una nube áurea glorificaba la cabeza del viejo monte Graylock. Esparcidos también por los estribos de los montes circundantes se veían blancos rimeros de neblina de fantásticas formas, algunos bajos cerca del valle y otros altos cerca de las cimas; y otros más, del mismo, linaje de neblina o nube, flotando en la dorada resplandecencia de la atmósfera. Parecía como si, saltando de una a otra de las nubes que reposaban en las pendientes y de allí a la más elevada cofradía que surcaba por los aires, cualquier mortal podría ascender a las regiones celestiales. Era un ensueño ver cómo la tierra se confundía con el cielo.

Para suministrar el encanto de lo familiar y doméstico que la naturaleza fácilmente asimila en una escena como ésta, la diligencia bajaba traqueteando por la cuesta cuando el cochero sonó el cuerno, cuyas notas fueron arrebatadas por el eco, que las conjugó en una armonía rica, variada y compleja, en la que el ejecutante original podía reclamar escasos méritos. Los montes tocaban entre ellos un concierto, contribuyendo cada uno con un acorde de dulzura etérea. La cara del pequeño Joe se iluminó de inmediato.

—Querido padre—exclamaba, brincando de un lado a otro—, el forastero se marchó y parece que el cielo y las montañas se alegraron por eso.

—Sí—gruñó el calero, soltando un juramento—, pero dejó que se apagara el fuego y no hay por qué agradecerle si no se echaron a perder quinientas cargas de cal. Si pillo al tipo rondando otra vez por estos lados, voy a tener ganas de arrojarlo a la candela.

Con la pértiga en la mano se encaramó al horno. Tras una breve pausa llamó al hijo.

—Sube acá, Joe—dijo.

Así que Joe escaló el terraplén y se paró al lado de su padre. Todo el mármol se había incinerado y era ya cal, pura y blanca como la nieve. Pero en la superficie, en medio del ruedo, de igual manera blanco

como la nieve y por completo reducido a cal, reposaba un esqueleto humano.

Tenía la postura de alguien que tras arduos trabajos se recuesta a tomar un largo descanso. Entre las costillas, cosa extraña se distinguía el contorno de un corazón humano.

—¿Era de mármol el corazón de este sujeto? —exclamó Bartram, algo perplejo ante el fenómeno—. En todo caso, se ha convertido en lo que tal parece es una cal especialmente buena. Y, considerando los huesos en conjunto, mi horno es media carga más rico, todo gracias a él.

Diciendo esto, el rudo calero levantó la pértiga, la descargó sobre el esqueleto y los despojos de Ethan Brand se hicieron trizas.

EL ENTIERRO DE ROGER MALVIN

UNO de los pocos sucesos de las guerras contra los indios susceptibles de recibir la luz de luna de lo novelesco, fue la expedición emprendida en defensa de las fronteras en el año de 1725, que terminó con la célebre "batalla de Lovell". La imaginación, si tiene el juicio de dejar en la sombra ciertos incidentes, encuentra mucho que admirar en el heroísmo de la pequeña tropa que combatió en proporción de dos a uno en las entrañas del territorio enemigo. La evidente valentía desplegada por ambos bandos se ajustó a la concepción civilizada del coraje; y los propios anales de la caballería podrían sin bochorno registrar las hazañas de uno o dos individuos. La batalla, fatal para quienes lucharon, no tuvo consecuencias tan infortunadas para el país; pues dispersó las fuerzas de una tribu y condujo a la paz que reinó en los años siguientes. La historia y la tradición son extraordinariamente detalladas en sus recuentos de este suceso; y el capitán de una avanzada de colonizadores adquirió tanta fama militar como los victoriosos caudillos de legiones. Pese al empleo de nombres ficticios, algunos hechos contenidos en las páginas siguientes serán reconocidos por quienes han oído, de labios de los viejos, acerca de la suerte de los pocos combatientes que quedaron en condiciones de replegarse tras la "batalla de Lovell".

Los primeros rayos del sol bañaban con su luz alegre las copas de los árboles, bajo los cuales se habían dejado caer aquella víspera un par de hombres heridos y agotados. Su lecho de hojas secas de roble se esparcía sobre el pequeño espacio llano al pie de una roca, situada cerca de la cima de uno de los suaves promontorios que moldean los contornos de esa parte del país. La mole de granito, que levantaba su lisa superficie unos seis u ocho metros sobre sus cabezas, no dejaba de asemejarse a una enorme lápida, sobre la cual las vetas parecían componer una inscripción en caracteres olvidados. En un trecho de varios acres a la redonda, los robles y otros árboles de madera dura tomaban el lugar de los pinos que poblaban aquella zona. Cerca de nuestros caminantes se erguía un robusto roblecillo.

La grave herida del hombre mayor probablemente lo había privado de sueño, ya que se enderezó penosamente hasta quedar sentado tan pronto dio el primer rayo de sol en la copa del árbol más alto. Las hondas líneas de su rostro y sus cabellos entrecanos denotaban que había pasado de la edad madura; pero su musculatura, salvo por los efectos de la herida, habría sido tan capaz de soportar fatigas como en el vigor temprano de la vida. La debilidad y el agotamiento marcaban ahora sus rasgos; y la mirada desesperanzada que dirigió a las profundidades del bosque probaba su convencimiento de que se aproximaba el fin de su peregrinaje. A continuación volvió los ojos hacia el compañero recostado a su lado. El joven —pues escasamente era un hombre crecido—reposaba con la cabeza sobre el brazo, inmerso en un sueño agitado que a cada momento parecía estar a punto de romperse debido a las punzadas de sus heridas. Con la mano derecha agarraba un mosquete y, a juzgar por la violenta expresión de su semblante, en su sopor volvía a presenciar el conflicto del cual era uno de los pocos sobrevivientes. Un grito—potente y penetrante en el delirio de su sueño—se abrió camino como un murmullo imperfecto entre sus labios y, sobresaltándose hasta de oír el delgado sonido de su propia voz, despertó súbitamente. El primer acto de revivir recuerdos fue preguntar lleno de ansiedad por el estado del compañero herido. Este último sacudió la cabeza.

—Reuben, mi chico—dijo—, la roca a cuya sombra nos sentamos será la lápida de un viejo cazador. Todavía nos faltan leguas y leguas de monte desolado; y de nada me serviría que el humo de mi propia chimenea estuviera al otro lado de aquel cerro. La bala india era más mortífera de lo que yo creía.

—Está cansado por estas tres jornadas—replicó el joven—, y otro poco de descanso lo recuperará. Quédese aquí sentado mientras busco en el bosque las hierbas y raíces que tienen que servirnos de sustento. Cuando hayamos comido se apoyará en mí y enderezaremos nuestras caras rumbo a casa. No dudo que con mi ayuda podrá aguantar hasta algún fuerte fronterizo.

—No me quedan dos días de vida, Reuben—dijo con calma el otro—, y no pienso agobiarte más con mi inútil cuerpo, cuando a duras penas puedes con el tuyo. Tus heridas son hondas y vas con rapidez perdiendo fuerzas. Sin embargo, si te apresuras solo, puedes salvarte. Para mí no hay esperanza. Voy a aguardar la muerte aquí.

—Si ha de ser así, me quedo entonces a cuidarlo —dijo Reuben, resuelto.

—No, hijo mío, no—objetó su compañero—. Deja que el deseo de un moribundo tenga influencia en ti. Dame una vez la mano y ándate. ¿Piensas que aliviará mis últimos momentos la idea de que te abandono a una muerte más lenta? Te he amado como un padre, Reuben; y en una ocasión como ésta debo tener algo de la autoridad de un padre. Te ordeno que te vayas, para poder morir en paz.

—¿Y porque ha sido un padre para mí debo entonces dejarlo que perezca y quede sin enterrar en la espesura?—exclamó el joven—. No.

Si es verdad que se acerca su fin, voy a cuidar de usted y voy a recibir sus últimas palabras. Cavaré cerca de esta roca una tumba en la que, si la debilidad me rinde, yaceremos los dos; o, si el cielo me da fuerzas, me abriré camino a casa.

—En las ciudades y dondequiera que residen los hombres —respondió el otro—, entierran a los muertos; los esconden de la vista de los vivos. Pero aquí, donde quizás no va a oírse un paso en cien años, ¿por qué no descansar a cielo abierto, cubierto sólo por las hojas de roble cuando el viento de otoño las esparza? En cuanto a un monumento, aquí está esta roca gris, en la que labraré con mano moribunda el nombre de Roger Malvin; y el caminante en días futuros sabrá que duerme aquí un cazador y un guerrero. No tardes, pues, por este despropósito; y apresúrate, si no por tu bien, por el de la que se sentirá desconsolada.

Malvin pronunció estas últimas palabras con voz quebrada y su efecto sobre el compañero fue más que evidente. Le recordaban que había otros deberes menos cuestionables que compartir la suerte de un hombre a quien de nada beneficiaría con su muerte. Tampoco puede aseverarse que ningún sentimiento egoísta pugnó por penetrar al corazón de Reuben, aunque la conciencia lo hacía resistirse con mayor ahínco a los ruegos de su compañero.

—¡Qué horrible es esperar el lento paso de la muerte en estas soledades! exclamó—. El bravo no se acobarda en la batalla; y, cuando hay amigos alrededor del lecho, incluso una mujer puede morir sin perder el aplomo; pero aquí...

—No voy a amilanarme, ni aun aquí, Reuben Bourne—lo interrumpió Malvin—. No soy un hombre de débil corazón y, si lo fuera, existe un soporte más seguro que el de los amigos terrenales. Eres joven y amas la vida. Vas a necesitar más consuelo que yo en tu lance postrero. Y cuando me hayas depositado en la tierra y estés solo, y la noche descienda sobre el bosque, vas a sentir toda la amargura de mi muerte, que ahora puedes esquivar. Pero no quiero incitar un motivo egoísta en tu naturaleza generosa. Déjame por mi bien, de modo que, tras rezar una oración por tu seguridad, me quede tiempo para rendir cuentas sin que me perturben las penas de este mundo.

—Y su hija, ¿cómo me atreveré a mirarla a los ojos?—inquirió Reuben—. Va a preguntarme por la suerte de su padre, cuya vida juré defender con la mía. ¿Debo decirle que marché con él tres días desde el campo de batalla y que lo abandoné para que pereciera en la espesura? ¿No sería mejor recostarme y morir a su lado que regresar a salvo y contarle esto a Dorcas?

—Dile a mi hija —dijo Roger Malvin— que aunque tú mismo estabas gravemente herido, y débil, y agotado, por varias leguas dirigiste mis pasos vacilantes y que me abandonaste sólo a instancias de mis sinceras súplicas, porque yo no quería que tu sangre me manchara el alma. Dile que fuiste leal en el dolor y en el peligro y que si tu flujo vital hubiera podido salvarme, se habría derramado hasta la última gota. Y dile que serás algo más preciado que un padre, que mi

bendición cae sobre ambos y que mis ojos moribundos columbran un camino largo y placentero que habrán de recorrer en compañía.

Mientras hablaba, Malvin casi se levantó; y el vigor de sus palabras finales pareció colmar el bosque agreste y desolado con una visión de felicidad. Pero cuando se desplomó, exhausto, en el lecho de hojarasca, se extinguió la luz que se había encendido en los ojos de Reuben. Este sentía que era pecaminoso y era necio pensar en la felicidad en aquellos momentos. Su compañero observaba cómo cambiaba de expresión y trató, con generosa maña, de inducirlo a su propio bien.

—Tal vez me equivoco respecto al tiempo que tengo por vivir— continuó—. Puede ser que, con pronta ayuda, me recupere de mi herida. Los fugitivos delanteros ya deben de haber llevado noticias del combate fatal a las fronteras y van a enviar partidas de socorro para quienes estamos en estas condiciones. Si te encuentras con una de éstas y los traes aquí, ¿quién quita que pueda sentarme otra vez frente a la chimenea?

Una sonrisa lastimera cruzó el rostro del moribundo al insinuar aquella esperanza infundada; la cual, empero, no dejó de producir efecto en Reuben. Ni el mero egoísmo ni la afligida situación de Dorcas lo habrían impelido a abandonar al compañero en esa coyuntura; pero sus deseos se apresuraron a adoptar la idea de que podía salvarse la vida de Malvin y su temperamento optimista elevó casi hasta ser certeza la remota posibilidad de conseguir ayuda humana.

—Ciertamente hay razones, poderosas razones, para esperar que haya amigos no muy lejos—dijo a media voz—. A las primeras escaramuzas salió huyendo un cobarde, ileso y de seguro a muy buen paso. Todo hombre recto en las fronteras se terciaría el mosquete al oír la noticia; y, aunque ningún grupo va a adentrarse tanto en los bosques, tal vez me los encuentre a un día de camino.

—Aconséjeme con sinceridad—dijo, dirigiéndose a Malvin, dudoso de sus propios motivos—. ¿Si se encontrara en mi lugar, me abandonaría mientras hubiera vida?

—Hace ya veinte años—replicó Roger Malvin suspirando, pues era consciente de la gran diferencia entre ambos casos—, hace veinte años que escapé junto con un amigo del cautiverio de los indios cerca de Montreal. Caminamos muchos días por el bosque hasta que al fin, rendido por el hambre y el cansancio, mi amigo se echó al suelo y me rogó que lo dejara, pues sabía que si yo me quedaba ambos pereceríamos. Y, con pocas esperanzas de obtener socorro, hice una almohada de hojas secas bajo su cabeza y partí apretando el paso.

—¿Y volvió a tiempo para salvarlo?—preguntó Reuben, pendiente de las palabras de Malvin como si fueran a profetizarle éxito.

—Sí —respondió el otro—. Llegué al campamento de unos cazadores antes del anochecer de ese mismo día. Los conduje al lugar donde mi camarada esperaba la muerte; y ahora vive sano y vigoroso

en su granja, en tierras colonizadas, mientras yo estoy herido aquí en las profundidades del territorio inexplorado.

Este ejemplo, de mucho peso sobre la decisión de Reuben, venía robustecido, sin que él lo supiera, por la fuerza oculta de muchos otros motivos. Roger Malvin se daba cuenta de que estaba a punto de obtener la victoria.

—Ahora vete, hijo mío, y que el cielo te ayude —dijo—. No te regreses con tus compañeros cuando te los encuentres, sino que manda aquí a tres o cuatro que estén disponibles para buscarme; y créeme, Reuben, mi corazón estará más alegre con cada paso que des con dirección a casa.

Pero se dio, tal vez, un cambio en su expresión y en su voz mientras decía esto; puesto que, después de todo, era un sino espantoso quedarse agonizando en la espesura.

Reuben Bourne, apenas medio convencido de estar obrando correctamente, se levantó por fin y se dispuso a partir. Pero antes, contra la voluntad de Malvin, recogió una provisión de hierbas y raíces, lo único que habían comido en los dos últimos días.

Colocó estas inútiles raciones al alcance del moribundo, para quien igualmente apiló un lecho de hojas secas de roble. Luego, subiendo a la cima de la roca, que por un lado era áspera y escabrosa, arqueó el roblecillo y amarró su pañuelo de la rama más alta. Tal precaución no era innecesaria para guiar a quien viniera en busca de Malvin, pues ningún flanco de la roca, excepto el amplio y liso frente, se podía ver desde cierta distancia debido a la tupida broza del bosque. El pañuelo había servido para vendar una herida en el brazo de Reuben. Cuando lo ató al árbol juró por la sangre que lo manchaba que iba a regresar, bien a salvar la vida de su compañero, bien a depositar su cadáver en la tumba. Bajó después y esperó cabizbajo las palabras de despedida de Malvin.

La veteranía de este último le dictó prolijos consejos acerca del viaje del joven por el bosque no hollado. Hablaba sobre el tema con calmosa seriedad, como si enviara a Reuben al combate o de caza mientras él se quedaba en la seguridad del hogar, y no como si el rostro humano que pronto iba a desampararlo fuera el último que jamás contemplara. Pero antes de terminar flaqueó su entereza.

—Lleva mi bendición a Dorcas y dile que mi última oración será por ella y por ti. Pídele que no guarde aversión porque me dejaste, pues la vida no te habría pesado si con su sacrificio me hubieras hecho un bien. Se casará contigo después de haber llorado un rato por su padre. ¡Que el cielo les conceda largos años felices y que los hijos de sus hijos estén al pie de su lecho mortuorio! Y, Reuben—añadió, mientras por fin se abría paso el desaliento de la mortalidad—, regresa, cuando hayan sanado tus heridas y otra vez tengas bríos, regresa a esta roca agreste, entierra mis huesos en una sepultura y reza una oración por ellos.

Los colonos de aquellas fronteras guardaban un respeto casi supersticioso por los ritos de entierro, proveniente tal vez de las

costumbres de los indios, que guerreaban con los muertos igual que con los vivos. Y hay muchos casos de sacrificio de la vida en un intento por sepultar a quienes habían sido derribados por la "espada de la selva". Reuben, por tanto, reconocía la enorme importancia de la promesa que con toda solemnidad hizo de regresar y efectuar las exequias de Roger Malvin. Era patente que este último, al expresarse de todo corazón en el adiós, ya ni siquiera trataba de convencer al joven de que la ayuda más rápida serviría para preservar su vida. Reuben sabía en su fuero interno que nunca más vería la cara viva de Malvin. Su generosidad lo habría constreñido a demorarse, hasta pasar la escena de la muerte; pero las ganas de vivir y la esperanza de la dicha le habían animado el corazón y era incapaz de resistirlas.

—Es suficiente—dijo Roger Malvin tras escuchar la promesa de Reuben—. Andate, y que Dios te dé alas.

Sin decir nada el joven le apretó la mano, dio media vuelta y se alejó. Empero, cuando con paso lento y vacilante había recorrido un corto trecho, lo hizo volver la voz de Malvin.

—Reuben, Reuben—llamaba débilmente.

Reuben se arrodilló junto al agonizante.

—Levántame y recuéstame en la roca—fue su último ruego—. Así mi cara queda mirando a casa y podré verte por un momento más mientras te pierdes entre los árboles.

Habiendo hecho la deseada modificación en la postura de su compañero, Reuben reemprendió el solitario peregrinaje. Al principio caminó más rápido de lo que era compatible con sus fuerzas, pues una especie de sentimiento de culpa, que en ocasiones atormenta a los hombres en sus acciones más justificadas, lo impelía a ocultarse de los ojos de Malvin. Pero después de haber pisado un largo rato la crujiente hojarasca regresó a hurtadillas, movido por una curiosidad desenfrenada y lancinante y, escondido tras la raíz terrosa de un árbol descuajado, acechó atentamente al hombre abandonado. No se nublaba el sol de la mañana y árboles y arbustos inhalaban el dulce aire del mes de mayo. Sin embargo, la faz de la naturaleza parecía ensombrecida, como si se compadeciera de la agonía mortal y del dolor. Roger Malvin levantaba las manos en fervorosa oración, algunas de cuyas frases se deslizaban por la quietud del bosque y penetraban en el corazón de Reuben, atormentándolo con ramalazos indecibles. Pedían, con acentos quebrantados, por la felicidad de éste y la de Dorcas. Al oír esto el joven, la conciencia, ó algo parecido, lo urgía fuertemente a regresar y otra vez reclinarse al pie de la roca. Sentía cuán duro era el destino de aquel ser bueno y generoso que había abandonado en la adversidad. La muerte llegaría como un cadáver que se acercara lentamente, reptando por el bosque y asomando de árbol en árbol, cada vez más cerca, sus espantosos y congelados rasgos. Pero igual suerte habría corrido Reuben de haberse demorado otro crepúsculo. ¿Quién puede reprocharle que rehuyera tan inútil sacrificio? Mientras lanzaba una mirada de despedida, un soplo de brisa agitó el pequeño pendón que colgaba del roblecillo y le hizo recordar a Reuben su promesa.

Varias circunstancias se aunaron para retardar al caminante herido en su regreso a la frontera. Al segundo día las nubes, encapotando el cielo, le hicieron imposible ajustar el rumbo según la posición del sol. Sólo sabía que cada impulso de sus ya casi extintas fuerzas lo alejaba aún más del hogar que buscaba. Las bayas y otros frutos silvestres le suministraban el escaso sustento. Es cierto, a veces pasaban saltando frente a él manadas de venados y las perdices al oír sus pisadas batían las alas y volaban, pero había agotado sus municiones en la batalla y no tenía con qué derribarlos. Las heridas, inflamadas por el constante esfuerzo del que dependían sus esperanzas de sobrevivir, corroían su fibra y a ratos le confundían la razón. Pero, incluso en los extravíos de la mente, el joven corazón de Reuben se aferraba a la existencia; y sólo cuando por fin fue incapaz de dar un paso más, se desplomó bajo un árbol, obligado a esperar allí la muerte.

En esta situación fue descubierto por una partida que a las primeras nuevas del combate fue despachada a socorrer a los sobrevivientes. Lo condujeron a la colonia más cercana, que resultó ser su lugar de residencia.

Dorcas, con la sencillez característica de antaño, veló al pie del lecho del pretendiente herido y administró ese bálsamo que es don exclusivo de la mano y del corazón de la mujer. Por varios días la memoria de Reuben vagó soñolienta entre los peligros y fatigas que había atravesado y no pudo dar respuestas claras a las preguntas con que muchos estuvieron prontos a importunarlo. No habían circulado detalles de primera mano sobre la batalla, ni tampoco sabían las madres, las esposas y los hijos si los seres queridos estaban retenidos en cautiverio o bajo la más firme cadena de la muerte. Dorcas abrigó sus temores en silencio, hasta una tarde en que Reuben despertó de un sueño agitado y pareció reconocerla más conscientemente que en ningún momento previo. Percibió ella que su mente se había aclarado y no pudo seguir reprimiendo la ansiedad filial.

—¿Y mi padre, Reuben?—comenzó a decir; pero un cambio en la expresión de su enamorado la detuvo.

El joven se crispó como por un dolor agudo y la sangre fluyó violentamente a sus mejillas macilentas. Su primer impulso fue cubrirse la cara; pero, al parecer con un esfuerzo extremo, se enderezó a medias y habló con vehemencia, defendiéndose de una acusación imaginaria.

—Tu padre fue herido de gravedad en el combate, Dorcas; y me pidió que no cargara con él, únicamente que lo llevara a la orilla del lago para poder calmar la sed y allí morir. Pero yo no quería abandonarlo en ese trance y, aunque yo también sangraba, le dí apoyo. Le presté la mitad de mis fuerzas y partí con él. Caminamos juntos tres días y tu padre aguantó más de lo que yo esperaba; pero, cuando desperté al amanecer del cuarto día, lo encontré débil y agotado. No podía seguir. Su vida se escapaba rápidamente

—¡Murió!—gimió Dorcas desmayadamente.

A Reuben le pareció imposible admitir que su egoísta amor a la vida lo había hecho alzar el vuelo antes de que se consumara el destino del padre. No habló más. Se limitó a agachar la cabeza y, entre la vergüenza y el agotamiento, se recostó de nuevo y hundió la cara en la almohada. Dorcas lloró al ver confirmados sus temores; pero, habiéndolo previsto tanto tiempo, el golpe no fue tan violento.

—¿Cavaste en la espesura una tumba para mi pobre padre, Reuben?—fue la pregunta con que manifestó su devoción filial.

—Mis manos estaban débiles, pero hice lo que pude—contestó el joven con acento apagado—. Sobre su cabeza se levanta una noble lápida. ¡Quisiera el cielo que mi sueño fuera tan profundo como el suyo!

Dorcas, notando el extravío de las últimas palabras, por el momento no hizo más preguntas; pero su corazón encontró alivio pensando que a Roger Malvin no le faltaron los ritos funerales que fue posible conferirle. La historia del coraje y la lealtad de Reuben no perdió nada cuando ella la repitió a sus amigos; y el infeliz muchacho, cuando salía tambaleándose a tomar el aire, recibía de todas las bocas la miserable y humillante tortura del elogio inmerecido. Todos convenían en que se había ganado el derecho de pedir la mano de la doncella a cuyo padre le había sido "fiel hasta la muerte"; y, como mi relato no es de amor, baste decir que en unos pocos meses Reuben se convirtió en el esposo de Dorcas Malvin. Durante la boda la novia se cubría de rubores, pero el rostro del novio estaba pálido.

En el pecho de Reuben Bourne había ahora un reato inconfesable, algo que había de ocultar con suma cautela a la mujer que más quería y en quien más confiaba. Deploraba honda y amargamente la cobardía moral que había refrenado sus palabras cuando estuvo a punto de revelarle la verdad a Dorcas. Pero el orgullo, el temor de perder su cariño, el miedo del desprecio general, le prohibían enmendar su falsedad. No creía merecer censura alguna por haber abandonado a Roger Malvin. Su presencia, el vano sacrificio de su vida, sólo habría añadido otra agonía innecesaria a la hora final del moribundo; pero el encubrimiento le había impartido a un acto justificable muchos de los efectos de la culpa. Así, Reuben, mientras que la razón le decía que había obrado bien, padecía en alto grado los horrores mentales que castigan al autor de un crimen secreto. Ciertas asociaciones de ideas a veces lo llevaban a imaginarse casi que era un asesino. También, durante años, lo rondó un pensamiento que, aunque se daba cuenta de cuán insensato y extravagante era, no estaba en su poder desterrar de su mente. Era la obsesiva y atormentadora fantasía de que su suegro todavía esperaba, al pie de la roca, sobre las hojas secas, vivo, la ayuda prometida. Estos espejismos, sin embargo, se iban como venían y él nunca los tomaba por realidades; pero en los estados de ánimo más tranquilos y lúcidos era consciente de tener una promesa por cumplir y de que un cadáver insepulto lo llamaba desde la espesura. No obstante, las consecuencias de su engaño eran tales que le impedían obedecer aquel llamado. Ahora era demasiado tarde, no podía pedir la ayuda de los amigos de Roger Malvin para efectuar la postergada inhumación; y

los temores supersticiosos, de los que nadie era más susceptible que las gentes de los poblados fronterizos, le impedían ir solo. Tampoco sabía cómo buscar en el ilimitado bosque virgen la piedra lisa y con una inscripción en cuya base reposaba el cadáver: los recuerdos de cada etapa de su trayectoria eran confusos y del último tramo no quedó en su mente impresión alguna. Había, sin embargo, un impulso continuo, una voz que sólo él oía, que le ordenaba ir a cumplir con su promesa; y tenía la impresión de que, en caso de decidirse a abrir trocha, sería conducido derecho hasta los huesos de Malvin. Pero año tras año, sin oírlo pero sí sintiéndolo, pasaba sin atender el llamamiento. Su obsesión secreta llegó a ser como una cadena que le agarrotaba el alma y como una serpiente que le roía el corazón. Se convirtió en un hombre triste, desalentado e irritable.

Pasados unos años tras su boda, comenzaron a hacerse visibles ciertos cambios en la prosperidad material de Reuben y Dorcas. Las únicas riquezas del primero habían sido su recio corazón y su potente brazo; pero ella, única heredera de su padre, hizo a su marido amo de una granja, cultivada por más tiempo, más grande y más bien surtida que la mayoría de las de la frontera. Reuben Bourne, sin embargo, era un negligente labrador. Y mientras las tierras de los otros colonos cada año eran más productivas, las suyas se deterioraban al mismo ritmo. Los obstáculos para la agricultura habían disminuido grandemente con el cese de las hostilidades de los indios, durante las cuales los hombres sostenían el arado en una mano y el mosquete en la otra, y corrían con suerte si el salvaje enemigo no arruinaba, en el campo o en el granero, los frutos de su labor riesgosa. Pero Reuben no se benefició de la cambiada situación del país. Tampoco puede negarse que las ocasiones en que atendió con diligencia sus asuntos fueron recompensadas con muy poco éxito. La irritabilidad que últimamente lo había distinguido fue otra causa de la mengua de su prosperidad, pues daba pie a frecuentes disputas en el inevitable roce con los colonos vecinos. El resultado fueron incontables litigios, ya que las gentes de Nueva Inglaterra, en las primeras etapas y en las circunstancias más incivilizadas del país, recurrían, cuando podían, a las vías legales para dirimir sus pleitos. En resumen, el mundo no la iba bien con Reuben Bourne; y, aunque no fue sino muchos años después del matrimonio, por fin llegó a arruinarse. Contaba sólo con un último recurso contra el mal sino que lo perseguía. Desnudaría al sol algún rincón profundo de los bosques y buscaría la subsistencia en el regazo virgen de la tierra.

Reuben y Dorcas tenían un hijo único de quince años cumplidos, bello en la juventud y promesa de una espléndida hombría. Estaba especialmente dotado, y ya empezaba a sobresalir en ellas, para las bravías faenas de la vida de frontera. Su pie era ligero, su puntería certera, alerta su sentido, alegre y noble el corazón; y todos los que esperaban un regreso de las guerras de los indios hablaban de Cyrus Bourne como un futuro caudillo del país. Su padre lo quería con un fervor profundo y silencioso, como si todo lo que fuera bueno y dichoso en su persona hubiese sido traspasado al hijo, llevándose consigo su cariño. Incluso Dorcas, amorosa y amada, le era asaz menos querida;

ya que los pensamientos secretos de Reuben y sus emociones retraídas lo habían ido convirtiendo en un hombre egoísta. Ya no podía amar intensamente, excepto cuando percibía o imaginaba un reflejo o parecido de su propia mente. Reconocía en Cyrus lo que él había sido en otros tiempos; y de vez en cuando parecía compartir el espíritu del muchacho y reanimarse con una vida lozana y festiva. Reuben partió en compañía de su hijo en una expedición que tenía el propósito de escoger una extensión de tierra y de talar y quemar la broza, condición necesaria para el trasteo le los enseres domésticos. En estas estuvieron dos meses de otoño, tras los cuales Reuben Bourne y el joven cazador regresaron para pasar el último invierno en el asentamiento.

Corrían los primeros días del mes de mayo cuando la reducida familia partió en dos los lazos afectivos que los ligaban a las cosas y se despidió de los pocos que en el infortunio decían llamarse sus amigos. La tristeza del adiós tuvo para cada uno de los peregrinos mitigaciones particulares. Reuben, taciturno y huraño por la infelicidad, arrancó a paso largo, con su habitual ceño fruncido, cabizbajo, lamentando muy poco y sin dignarse a reconocerlo. Dorcas, aunque lloró profusamente el rompimiento de los vínculos con que su espíritu sencillo y afectuoso se aferraba de todo, sentía que los habitantes de las entrañas de su corazón se mudaban con ella y que lo demás se repondría donde quiera que fuese. Y el muchacho, tras derramar una lágrima, pensaba en los azarosos placeres del bosque inexplorado.

¿Quién, en el fervor de la ilusión, no ha deseado ser un nómada en un mundo silvestre y soleado, con un ser tierno y puro que se apoye liviano en su brazo? Para la marcha libre y jubilosa de la juventud no habría más barreras que el agitado océano y las montañas coronadas de nieve. La más serena madurez escogería una morada donde la naturaleza hubiera derramado sus riquezas por partida doble en el valle de un arroyo transparente. Y cuando la vejez, tras largos años de vida sana, se arrimara furtiva y allí lo sorprendiera, encontraría al padre de una raza, al patriarca de un pueblo, al fundador de una nación en ciernes. Al sobrevenir la muerte, como el dulce sueño que nos embarga tras un día de dicha, sus lejanos descendientes llorarían ante el polvo venerable. Revestido de misteriosos atributos por la tradición, los hombres de las generaciones venideras lo mirarían como a un dios y la remota posteridad vería su figura, vagamente gloriosa, erguida en las lejanías del valle de cien siglos.

El enmarañado y lóbrego bosque que atravesaban los personajes de mi relato era harto distinto de la tierra de fantasía del soñador. Pero en el modo de vivir de éstos había algo que la naturaleza reclamaba como suyo y los atenazantes cuidados que habían traído del mundo eran los únicos estorbos de su felicidad. El alentado y brioso caballo que cargaba todos sus haberes no se plantaba bajo el peso añadido de Dorcas, aunque la recia crianza la sostenía a ella, en el último tramo de cada jornada, al lado del marido. Reuben y el hijo, mosquetes al hombro y hachas a las espaldas, marchaban a paso vigoroso, cada uno a la mira de la caza que les proporcionaba alimento. Al dictado del hambre hacían un alto y preparaban la comida a la orilla de alguna

corriente cristalina que, cuando se arrodillaban a beber con labios sedientos, murmuraba con dulce renuencia como una doncella ante el primer beso de amor. Dormían bajo una enramada y despertaban al despuntar el alba, repuestos para las faenas de otro día. Dorcas y el muchacho avanzaban llenos de alborozo; y hasta el ánimo de Reuben reflejaba a ratos alegría exterior, aunque adentro había una helada pesadumbre que él comparaba con los ventisqueros en las hoyas y vegas de los riachuelos mientras la fronda arriba era de un verde claro.

Cyrus Bourne era tan buen baquiano de los bosques como para saber que su padre no se ceñía a la ruta que habían seguido en la expedición del otoño anterior. Ahora caminaban más hacia el norte, alejándose directamente de los poblados y penetrando en una región cuyos únicos dueños seguían siendo las bestias salvajes y los hombres salvajes. El muchacho a veces insinuaba sus opiniones al respecto y Reuben escuchaba con atención, llegando a cambiar de rumbo en una o dos ocasiones, según el consejo del hijo. Pero después de hacerlo parecía incómodo. Lanzaba vistazos rápidos y erráticos, como al acecho de enemigos ocultos tras los árboles; y, al no descubrir nada, miraba atrás como con miedo de que alguien lo siguiera. Cyrus, dándose cuenta de que el padre poco a poco retomaba la antigua dirección, dejó de intervenir; y, aunque algo empezó a pesarle en el pecho, su temple aventurero le impedía lamentar que el camino se hiciera más largo y misterioso.

Hicieron alto en la tarde del quinto día y organizaron el sencillo campamento casi una hora antes de la puesta del sol. En las últimas leguas el territorio se había ido diversificando con suaves ondulaciones que parecían las enormes olas de un mar petrificado; y en una de las correspondientes hondonadas, en un lugar agreste y romántico, la familia levantó el cobertizo y encendió la hoguera. Algo nos hace estremecer —y sin embargo nos caldea el corazón—cuando pensamos en los tres, unidos por los fuertes lazos del amor y separados de todos los que vivían por fuera de este vínculo. Los negros pinos los miraban desde

arriba y cuando el viento soplaba entre sus copas se escuchaba por el bosque un sonido compasivo. ¿O gemían esos añosos árboles por miedo a que por fin hubieran venido los hombres a hundir el hacha en su corteza? Mientras Dorcas alistaba la cena, Reuben y el hijo se proponían dar una vuelta en busca de la caza que no habían podido conseguir durante la jornada. El chico, luego de prometer que no se alejaría del campamento, partió con paso tan ligero y elástico como el del venado que pensaba derribar; en tanto que su padre, sintiendo una dicha pasajera al seguirlo con la vista, se dispuso a tomar el rumbo opuesto. Dorcas, mientras tanto, se había acomodado cerca de la fogata de chamizas, sobre el musgoso y carcomido tronco de un árbol desarraigado años atrás. Su ocupación, interrumpida por un vistazo ocasional a la olla que empezaba a hervir en las llamas, era la lectura del Almanaque de Massachusetts de ese año, el cual, con la excepción de una vieja Biblia en letra gótica, componía el acervo literario de la

familia. Nadie presta más atención a las divisiones arbitrarias del tiempo que quienes están apartados de la sociedad; y Dorcas comentó, como si el dato tuviera importancia, que ese día era doce de mayo. Su marido dio un bote.

—¡El doce de mayo! y bien que debería recordarlo —murmuró, mientras numerosos pensamientos le confundían momentáneamente el cerebro—. ¿Dónde estoy? ¿Adónde me dirijo? ¿En dónde lo dejé?

Dorcas, demasiado acostumbrada a los accesos caprichosos del marido como para notar alguna rareza en su conducta, puso a un lado el almanaque y le habló con el tono compungido que los de tierno corazón asignan a las penas que hace tiempo se enfriaron y murieron.

—Fue por estas fechas, hace dieciocho años, que mi padre dejó este mundo por uno mejor. Contó con un brazo amable que le sostuviera la cabeza y una voz bondadosa que lo animara, Reuben, en la hora final. Y el pensamiento del fiel cuidado que le prestaste me ha consolado en muchas ocasiones desde entonces. ¡Oh, morir sería horrible para un hombre solo en un lugar salvaje como este!

—Pídele al cielo, Dorcas—dijo Reuben con voz entrecortada—, pídele al cielo que ninguno de nosotros muera solo y quede sin enterrar en este bosque lúgubre.

Y se alejó de prisa, dejándola que vigilara el fuego bajo los tristes pinos.

Reuben Bourne aflojaba el paso a medida que se hacía menos aguda la punzada que sin intención le habían causado las palabras de Dorcas. Sin embargo, lo abrumaban numerosas y extrañas reflexiones; y, caminando más como sonámbulo que como cazador, no puede atribuirse a sus designios el hecho de que su tortuosa orientación lo hubiera mantenido en las cercanías del campamento. De modo imperceptible sus pasos fueron trazando un círculo; tampoco se dio cuenta de que estaba en los límites de un terreno muy poblado de vegetación, pero no de pinos. En lugar de estos últimos había robles y otras maderas duras; y rodeaban sus raíces tupidos matorrales que dejaban, empero, claros entre los árboles, cubiertos por una gruesa capa de inojarasca. Cuando se oía el susurro de las ramas o el crujir de los troncos, como si el bosque despertara de un sueño, Reuben alzaba por instinto el mosquete que descansaba en su brazo y echaba una mirada rápida y aguda a cada lado; pero, convencido en su atención parcial de que allí no había animal alguno, volvía a sumirse en sus cavilaciones. Meditaba en la extraña influencia que lo había desviado del curso prefijado hasta este recóndito paraje. Incapaz de penetrar en el rincón secreto del alma donde yacían escondidos sus motivos, creía que una voz sobrenatural lo había llamado y que una fuerza sobrenatural le había impedido retroceder. Confiaba en que el propósito del cielo fuera darle la oportunidad de expiar su pecado; tenía la esperanza de encontrar los huesos insepultos hacía tanto tiempo y de que, tras cubrirlos de tierra, la paz bañaría con su luz el sepulcro de su corazón. Fue despertado de estos pensamientos por un chasquido en la maleza, a cierta distancia del sitio por donde vagaba. Percibiendo que

algo se movía tras las espesas frondas, disparó con el instinto de un montero y con la puntería de un tirador. Un gemido apagado, prueba de que había dado en el blanco, y mediante el cual hasta los animales expresan la agonía de la muerte, pasó inadvertido para Reuben Bourne. ¿Qué recuerdos lo asaltaban ahora?

El matorral hacia donde Reuben había disparado quedaba cerca de la cima de un promontorio y se enmarañaba al pie de una roca que, por la forma y lisura de uno de sus flancos, no dejaba de asemejarse a una enorme lápida. Su imagen persistía en la memoria de Reuben como reproducida en un espejo. Incluso reconoció las vetas que parecían componer una inscripción en caracteres olvidados. Todo seguía igual, con la excepción de que un espeso monte bajo envolvía la parte inferior de la roca y habría ocultado a Roger Malvin de haber estado aún recostado en ella. Pero a continuación Reuben echó de ver otro cambio efectuado por el tiempo desde que estuvo allí escondido en ese mismo sitio, tras la raíz terrosa del árbol descuajado. El roblecillo en el que había atado el símbolo ensangrentado de su promesa había crecido bastante, convirtiéndose en un árbol ciertamente distante del pleno desarrollo, pero con una nada exigua extensión del umbroso ramaje. Exhibía una peculiaridad que hizo temblar a Reuben. Las ramas del medio para abajo eran de una vitalidad exuberante y el follaje excesivo orlaba el tronco casi hasta el suelo; pero una plaga al parecer había atacado la parte superior del roble y la rama más alta aparecía marchita, privada de savia y por completo muerta. Reuben recordó cómo ondeaba la pequeña bandera en esa última rama, verde y lozana dieciocho años atrás. ¿De quién era la culpa que la había maldecido?

Dorcas, tras la partida de los dos cazadores, continuó preparando la comida de esa noche. La rústica mesa era el tronco invadido de musgo de un gran árbol derribado. En la parte más ancha había extendido un mantel de blancura inmaculada y había dispuesto lo que quedaba de los relucientes cubiertos de peltre que habían sido su orgullo en el asentamiento. Extraña vista la de aquel limitado rincón de solaz hogareño en la desierta entraña de la naturaleza. El sol se demoraba todavía en las ramas más altas de los árboles que crecían en las lomas; pero las sombras de la noche se hacían más oscuras en la hondonada donde habían instalado el campamento y la lumbre se ponía más roja mientras reverberaba en los altos troncos de los pinos y oscilaba en los negros matorrales que bordeaban el paraje. El corazón de Dorcas no se sentía triste, puesto que presentía que era mejor viajar por la espesura con dos seres queridos que ser una mujer desamparada en medio de un gentío indiferente. Mientras se ocupaba en componer asientos de madera carcomida cubriéndolos con hojas para Reuben y el hijo, su voz danzaba por el sombrío bosque al compás de una tonada que había aprendido en la juventud. La tosca melodía, creación de un bardo que no alcanzó la fama, se refería a una noche de invierno en una cabaña en la frontera, en la que, protegida de incursiones salvajes por la nieve apilada, la familia se reunía llena de contento junto al fuego. La canción poseía el anónimo encanto del

pensamiento que no se tomó en préstamo, pero en particular había tres o cuatro versos repetidos que fulguraban aparte de los otros como las llamas del hogar cuyos placeres celebraban. En ellos, con la magia de unas pocas y sencillas palabras, el poeta había infundido la mismísima esencia del amor doméstico y la dicha hogareña. Eran al mismo tiempo poesía y retrato. Mientras Dorcas cantaba, las paredes del hogar abandonando volvían a rodearla; ya no veía más los tristes pinos ni escuchaba el viento que, al iniciarse cada verso, soplaba gravemente entre las ramas y que se extinguía con un sordo quejido por el peso de aquella tonada. La espabiló el estallido de un arma en las cercanías; y el sonido repentino, o bien su soledad junto a la hoguera, la hizo temblar violentamente. Al momento siguiente echó a reír con el orgullo de un corazón materno.

—¡Mi hermoso cazador! ¡Mi niño ha matado un venado! —exclamó, recordando que Cyrus había salido en la dirección de donde procedió el disparo.

Esperó un rato prudente a que se oyeran los ligeros pasos de su hijo, saltando por la crujiente hojarasca para contarle de su éxito. Pero él no aparecía, de modo que envió en su busca un alegre llamado entre los árboles.

—¡Cyrus, Cyrus!

Todavía demoraba en llegar, así que, puesto que la detonación parecía haber venido de muy cerca, decidió ir a buscarlo en persona. Además, podría necesitar su ayuda para traer la carne de venado que, en su ilusión, había conseguido. Partió pues, dirigiendo los pasos por el sonido recordado y cantando al andar para que el muchacho se percatara de su aproximación y corriera a su encuentro. Detrás de cada árbol y en cada escondrijo entre los matorrales esperaba toparse el rostro de su hijo, riendo con la malicia juguetona que nace del cariño. El sol ahora se había puesto tras el horizonte y la luz mortecina que se filtraba entre las hojas bastaba para conjurar múltiples espejismos en su acuciosa fantasía. Varias veces le pareció ver su cara borrosa atisbando entre el follaje; y en una ocasión le pareció que él le hacía señas al pie de un peñasco. Pero al fijar la mirada en aquella figura descubrió que no era más que el tronco de un roble orlado hasta el suelo de ramitas, una de las cuales sobresalía entre las otras y era mecida por la brisa. Bordeando la base de la roca se encontró de pronto al lado de su esposo, que había llegado por otro lado. Apoyado en la culata del mosquete, cuya boca apuntaba contra las hojas secas, parecía absorto en la contemplación de un objeto a sus pies.

—¿Qué es esto, Reuben? ¿Mataste un venado y te dormiste sobre él? exclamó Dorcas, riendo con alegría tras dar una ojeada superficial a su postura y su semblante.

El no se movió ni volvió sus ojos hacia ella; y un temor escalofriante, vago en su origen y en su objeto, comenzó a helarle la sangre en las venas. Entonces se dio cuenta de que la cara de su esposo mostraba una palidez cadavérica y de que sus rasgos estaban tiesos, como si no pudieran asumir una expresión distinta del terrible

desespero que había cuajado en ellos. No daba la menor muestra de haber notado su llegada.

—¡Por amor al cielo, Reuben, háblame!—gritó Dorcas; y el extraño sonido de su propia voz le asustó más que el silencio total.

Su marido reaccionó, la miró a la cara, la condujo al frente de la roca y señaló con el dedo.

¡Ay, allí yacía el muchacho, dormido, pero no soñando, sobre las hojas secas del bosque! La mejilla descansando en el brazo; los rizos echados hacia atrás, despejada la frente; los miembros levemente relajados. ¿Lo había rendido un súbito cansancio? ¿Lo iría a despertar la voz de la madre? Pero ella sabía que se trataba de la muerte.

—Esta piedra anchurosa es la lápida de tu sangre cercana, Dorcas—dijo su esposo—. Verterás tus lágrimas al mismo tiempo por tu padre y tu hijo.

Ella no lo escuchó. Profiriendo un alarido desgarrado que parecía venir de las profundidades de su alma doliente, perdió el sentido y se desplomó al lado de su muchacho muerto. En ese instante la rama marchita del roble se desprendió en el aire quieto y cayó hecha pedazos en la roca, en las hojas, en Reuben, en la mujer y el hijo, en los huesos de Roger Malvin. Y fue así que se abrió el corazón de Reuben y brotaron las lágrimas como agua de una piedra. El desdichado adulto vino a pagar la promesa hecha por el joven herido. Reparó su pecado... se había levantado la maldición que pesaba sobre él. En la misma hora en que derramó sangre más preciada que la propia, una oración, la primera en años, subió al cielo salida de los labios de Reuben Bourne.